

ALMANAQUE

DEL

Cómico

PARA

1892

PRECIO 2 P^{ts}

Pilla



SUMARIO

TEXTO: La que rige, por Eduardo Bustillo.—Artículo de... costumbres, por Clarín.—Dolora: El buen incrédulo, por Ramón de Campoamor.—Los dos estrenos, por Miguel Echegaray.—Cuento infernal, por José Estremera.—El hombre feliz, por Manuel Matos.—Menudencias, por Miguel Ramos Carrión.—El loco, por Manuel del Palacio.—Fin de siècle, por Ricardo de la Vega.—Un éxito franco, por Luis Taboada.—La vuelta de presidio, por José López Silva.—Cosas que pasan, por Eusebio Sierra.—Medallas madrileñas, por Mariano de Cavia.—El vicio de Jesús, por Juan Pérez Zúñiga.—Jai-Alai, por José Jackson Veyan.—Nobleza obliga, por Angel Rodríguez Chaves.—Documento taurino, por Antonio Peña y Goñi.—Un Tenorio de bastidores, por Fiacro Yrázoz.—Lo que yo hablo solo, por Constantino Gil.—El pueblo, por Luis de Ansorena.—El teatro y la taberna, por Felipe Pérez y González.—Rarezas, por Fernando Manzano.—Todos dichosos, por Jacinto Octavio Picón.—Romanza, dúo y terceto, por Vital Aza.—El tiempo, por Francisco Flores García.—Apuntes para la historia, por Antonio Sánchez Pérez.—De la discusión... por Ricardo J. Catarineu.—El estadio de la prensa, por Sinesio Delgado.—Paquetilla, por José Estrañi.—Anuncios.

GRABADOS: Portada, por Cilla.—El santo del padre, por Mecachis.—La primera mona, por González.—Comedia sin desenlace, por Pons.—Retiro-Pozas-Ar-güelles, por Cilla.—¡Oh, la ciencial, por Mecachis.—Los atracos, por Cilla.—¡Socorro!, por Escaler.—En el teatro, por Mecachis.—Una desgraciada, por Pellicer.—Anuncios, por Cilla.

LA QUE RIGE

¿Otra vez tú, buena moza?
¿otra vez desde el Olimpo
vuelves al poder en ese
de dioses turno pacífico,
concesión de los cristianos
con pujos de gentilismo,
á pesar del desgobernado
con que abrumáis á los siglos?

Si al fin y al cabo vinieses
á ser la Venus de Milo,
en estatua fría y muda
y ambi-manca en marmolillo,
ni hubiera en tus ojos ganchos
ni en tu palabra incentivos,
ni en tus abrazos cadenas
ni en tus ardores peligros.

Mas yo sé, Venus, que vienes
á dar guerra á los sentidos,
tan vivita y coléando:
como te abortó el abismo:

como en la marina espuma;
de tentaciones prodigio,
de gracia infernal dechado,
fuente de mortales vicios.

Humanizada inhumana
con privilegios divinos,
sé que traes todos tus malos
mitológicos instintos;

y, en tu alarde de liviana,
vas á ser ejemplo vivo
de volubles con amantes
y de falsas con maridos.

Tú que, burlando á tu herrero,
que su honor te entregó limpio,
fuiste á dar á papá Júpiter
las llaves de tu albedrío:

tú, que del armado Marte
tuviste en mal hora un chico,
que anda disparando flechas
de guerrero por ser hijo;

para peor gobernarnos,
traerás al Amor contigo,
que creará cosa de juego
ser de su madre ministro.

¡Ay, Venus! son muchos días
trescientos sesenta y cinco
para que humanos aguanten
la ley de vuestros caprichos.

¿Cómo va á andar este mundo,
si hasta aquí abajo es sabido
que Mercurio ha de mezclarse
en tus desenfrenos mismos?

Con tu favor, ¿qué justicia
no es de intrigantes ludibrio?
Y ¿qué arte habrá donde ejerzan
tus desvergüenzas dominio?

En vano deploro, ¡oh Venus!
que al poder hayas venido;
porque entre hombres y mujeres
siempre os halláis tú y el niño.

Mas, si andamos de cabeza
cuando no os toca regirnos,
con vuestro gobierno es claro
que estamos todos perdidos.

EDUARDO BUSTILLO.

ARTÍCULO DE... COSTUMBRES

La España Moderna es una revista de importancia por la calidad de algunos de sus colaboradores; se puede decir, sin miedo de que nadie levante el gallo, que es la revista literaria de más pretensiones y de más campanillas de España; viene á ser nuestra *Revue des Deux Mondes*, nuestra *Nuova Antologia*, nuestra *Deutsche Rundschau*, aunque sean malas comparaciones. Pues en esa publicación, que en cierto modo nos representa en el extranjero, parecía natural que de la revista literaria estuviese encargado un crítico de algún renombre y de instrucción por lo menos mediana.

Si no disponemos de un Brunetiere, de un Bonghi, de un Branden... tenemos algunos escritores que no harían un papel desairado al frente de tal empresa.

Pues no señor: el encargado de la revista literaria en *La España Moderna* es un Sr. Villegas (muy señor mío) que, después de tratar con cierto desdén y aire protector á Guimerá, Castro y Serrano y Armando Palacio, se mete á erudito de los de perro chico y nos *destumbra* con un latín gastado ya hace más de quinientos años, que se ha hecho cursi, á fuerza de repetirlo, aunque *per se* es un hermoso verso de Virgilio; y no se contenta el señor Villegas con la cita manoseada, sino que al hacerla le echa á perder demostrando que ni leyó á Virgilio, ni sabe latín del que saben los chicos de primer año á las pocas semanas de cátedra. Virgilio, como saben hasta los gatos, á poco bachilleres que sean, dijo en el verso 118 del primer libro de la *Eneida*:

Apparent rari nantes in gurgite vasto

y el Sr. Villegas, el crítico de la primera revista literaria de España, escribe:

rarus nans per gurgite vasto.

No cabe echar la culpa á los cajistas. No es creíble que un cajista ponga *per* donde dice *in*. El *per* es del Sr. Villegas, el cual demuestra no sólo que desconoce el verso que cita, que no ha leído la *Eneida*, sino que no sabe los rudimentos de la gramática latina. Porque si los supiera, al citar lo que no recordaba ó nunca había sabido, y cambiar *per* su cuenta el texto, no incurriría en el absurdo de sustituir *in* con el *per*, que es preposición de acusativo y no puede por consiguiente acompañar á *gurgite vasto*, que es ablativo. ¡El Sr. Villegas no sabe las declinaciones!... ¡Y escribe artículos *trascendentales* en la primera revista española! La culpa no la tiene él.

En otro país, suponiendo, y es mucho suponer, que pudiera darse un caso semejante, el autor de tamaño gazapo, que demuestra tanta ignorancia, quedaría inmediatamente *cesante*, como el gobernador aquel que salía en persecución de las auroras boreales.

Pero aquí, verán ustedes cómo no pasa nada. Lo más que pasará será que ese Sr. Villegas me jure á mí odio eterno y me trate con desdén, como á Palacio Valdés, en cuanto yo publique un libro.

Y ahí tienen ustedes un ejemplo de mi sistema de *no ganar amigos*. Si yo, en vez de todo lo dicho, hubiera dado un bombito al Sr. Villegas, ¿á que me alababa á la primera ocasión que creyera oportuna? Pero lo que yo digo: ¿para qué quiere uno las alabanzas de un literato que dice que un marino es un *rarus nans per gurgite vasto*? Pero ¡ah, señores! ¿qué mucho que el Sr. Villegas, que al fin no es célebre, escriba así, si...

* *

En varios periódicos leo lo siguiente:

«El Sr. Pidal, con voz entera y sonora, leyó el siguiente discurso:

«Señora: la comisión permanente del tercer centenario de don Alvaro de Bazán cumple hoy solemnemente su promesa con la nación española...»

(Cumplir la promesa á, no con, se dice, D. Alejandro; usted creyó que había dicho compromiso, por lo visto.)

«A V. M. que, como el rey, es la más alta personificación de la patria...» (En qué quedamos, ¿es el rey ó la reina la personificación más alta? Sea el rey ó sea la reina, ya no es la reina como el rey; y si son los dos, ya no son una personificación, ni la más alta, pues son dos personificaciones, y tan alta una como otra) «...corresponde el honor de dar al aire y á la luz la figura imponente del gran guerrero...»

(¡Dar al aire... dar al aire! Se dan al aire suspiros, quejas; pero no una estatua... que ha hecho otro. Descubrir una estatua no es darla al aire, Sr. Pidal.)

«...del gran guerrero que, como evocado por la Providencia, surge sobre ese pedestal, no sólo á recordar timbres y blasones gloriosos del pasado, sino á darnos inmortal ejemplo de la fe, el valor, la pericia y la constancia con que se pueden renovar en el porvenir.»

(De donde se saca que, si D. Alvaro da ejemplo de lo que se puede hacer en el porvenir, él, D. Alvaro, es un héroe del porvenir, en el porvenir va á hacer todas esas cosas. Parece que Bazán renovó en el porvenir esas cosas.)

«Porque con ser tantos y tan grandes los héroes que esmaltan los anales patrios...»

(¡Ay, qué cursi, qué impropio! ¡Héroes de esmalte y anales esmaltados!)

«De España, señora, casi circundada de mares, como nave anclada en el Pirineo.»

(Admitiendo la *metafora* de que España, sólo por ser una península, pueda parecerse á un barco, todavía resulta un disparate muy grande decir que esa nave está anclada en el Pirineo, porque ni el Pirineo es lugar apropiado para anclar naves, ni para nave tan grande sería puerto suficiente el Pirineo... Así hablaba Tartarín de Tarascón, pero con mayor congruencia en los tropos.)

«...y cuya misión providencial fué salvar la civilización, hija de la cruz, de la barbarie y del fatalismo orientales de la media luna.»

(A pesar de las comas, hay anfibología, y parece que la civilización es hija de la barbarie. Pero lo peor no es esto, sino que la barbarie oriental de la media luna... es una suposición *nea* de D. Alejandro.)

«Por eso, señora (no es por eso, es por lo otro, por lo que queda más arriba, pero á Pidal no hay que pedirle lógica, sino malas entrañas), V. M. que tantos velos sombríos ha descubierto sobre los horizontes de la patria.»

(Aquí Pidal confunde los velos con las cosas cubiertas por los velos. El velo es el que cubre, y al descorrer los velos lo que queda descubierto no es el velo...)

En cuanto á lo de descubrir *sobre* los horizontes, es una incorrección irreverente. ¿Dónde se puso la reina para descubrir sobre los horizontes?)

«Dios, que rige con la propia diestra las revoluciones de los astros en los cielos y las revoluciones de los ingenios sobre la tierra...»

(¿Qué revoluciones de los ingenios son ésas? ¿Los ingenios tienen revoluciones ó andan dando vueltas sobre la tierra? Y lo de Dios que rige con la propia diestra parece dar á entender que podría regir unas cosas con una diestra y otras con otra. ¿Cuántas manos derechas tiene Dios? ¿Si creará Pidal que Su

Divina Majestad es un Briareo encargado de darle á él con todas sus manos cuantos destinos y *consejos*... ferrocarrileros le pida?)

Concluye Pidal deseando para nuestra marina moderna «el esplendor, si no la gloria, de la antigua.»

Pero ¿qué esplendor puede ser el de la marina... sino la gloria? ¡Como no aluda á la limpieza de los barcos, al brillo de las corazas!... ¡Vaya usted á saber!

Y éste es un discurso leído por Pidal, no improvisado. ¡Así escribe el presidente del Congreso, que ha llegado á ese puesto por su *elocuencia*! ¡Y esto es un *esplendor*, si no una gloria, nacional!

¡Si el abad juega á los desatinos, qué harán los Villegas!

A propósito de frailes, *La Unión Católica* es un periódico neo que piensa que calumniarme á mí no es pecado mortal. Hace mucho tiempo, en una ocasión en que yo me vi en la triste necesidad de darle una bofetada á un Sr. Menéndez Pidal, que es ahora diputado á Cortes, la tal *Unión* salía diciendo que yo la había atropellado á garrotazos con ese Sr. Pidal, que le había cometido un crimen en Madrid por aquellos días. Todo era mentira. Mi bofetada había sido meramente simbólica, para que el Sr. Pidal llevase la cuestión á cierto terreno... pero él amenazó con llevarla al juzgado, y en su vista, ó mejor por evitar la *vista*, hubo avenencia, de modo que resultó que no había tal bofetada.

Pues ahora es al revés. La calumnia nueva de *La Unión Católica* consiste en decir dos veces, por boca, ó lo que sea, de un estúpido que firma Fray Mortero, que el Sr. Novo y Colson me dió á mí una sopapina. Es una mentira, como puede probar el Sr. Novo mejor que nadie. Este caballero no me ha visto siquiera, á lo menos desde tiempos muy anteriores á toda relación conmigo, y aun ignora si me conoce personalmente. Yo á él creo haberle visto de lejos hace más de ocho ó nueve años.

Como no es creíble que el Sr. Novo se haya entretenido en propalar semejante mentira, hay que atribuir su invención íntegramente al Fray Mortero de *La Unión Católica*, que no dirá por cierto cuál es su verdadero nombre, porque es casi seguro que *resulta*... un Catalina ó cosa por el estilo.

La Unión Católica es un papel que no merece ni que le lleven á los tribunales, ni que le manden comunicados. A sus *literaturas* yo no contesto (y eso que el Fray Mortero dice «deber de» sin deber decirlo, y comete varios solecismos en pocas palabras); pero á sus calumnias, sí; contesto por una *sola vez*, para decirle que ha mentado ya dos veces con motivo de mi humilde persona.

Sin duda lo hará A. M. D. G.

Otro sí: también sé que el P. Muiños, este fraile de verdad, anda desacreditándose públicamente. Hasta en el tranvía se le oyó decir que yo era un *mal bicho* y que bueno me había puesto no sé quién.

¡Pero, padre! ¿Le parece á usted que es *dejar el siglo* meterse en los tranvías de Madrid para despellejar á los *críticos* en voz alta? ¡No harían más D.^a Patrocinio de Biedma ó Cavestany ó Velarde!

¡Cuando yo digo que el *prior*, ó como se llame, va á tener que tomar una medida!

Me había propuesto escribir para este almanaque un artículo de *costumbres*, y me salió... un artículo de *costumbres*, ó por lo menos de malas mañas.

¡Y qué tristes costumbres, si bien se mira! ¡Críticos de revistas españolas importantes que dicen *per gurgite* vasto, presidentes del Congreso que no saben perñear media docena de lugares comunes patrióticos sin escribir veinte desatinos, periódicos y frailes, falsos y verdaderos, que ó calumnian ó vociferan en lugares públicos las flaquezas de los que no halagan su vanidad y sus pretensiones! ¡Ignorancia, hiel, rencor, falsedad, despecho, humo, pasiones ridículas!... ¡Todo un infierno... *místico*!

CLARÍN.

DOLORA

EL BUEN INCRÉDULO

¡Aunque no suele enardecer su pecho el calor de la fe, pasa la vida, en lágrimas deshecho, envidiando al que cree!

CAMPOAMOR.

LOS DOS ESTRENOS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ESCENA PRIMERA

JUAN

Ya estoy vestido y dispuesto. Han dado las ocho y media. Ya me esperará impaciente. ¡Pobrecilla! Voy á verla.

ESCENA II

EUGENIO, JUAN

E. ¡Mi querido Juan!
J. Eugenio, es tarde. No me detengas. Voy deprisa.

E. Dos palabras.
Un favor.

J. Habla.

E. Se estrena una obra mía esta noche. Me faltan valor y fuerzas para presenciar la grita ó el éxito, lo que sea, y aquí me meto á esperar.

J. Corriente; pues ahí te quedas.

E. ¿Quieres dar á tu criado este billete? Que venga y vaya y me dé noticias.

J. Chico, en seguida.

E. Y dispensa.

ESCENA III

DICHOS, EL CRIADO

(Llama Juan, entra el criado y se detiene en la puerta. Eugenio en una butaca de espaldas. Que no le vea el criado. Si le ve, se ha concluído la comedia.)

J. Ramón, toma este billete.

R. Muy bien.

J. Vas á la Princesa.

R. Muy bien.

J. En los entreactos vienes corriendo y le cuentas al señor lo que hayas visto.

R. Muy bien. Voy. (Noche de juerga.)

ESCENA IV

JUAN, EUGENIO

E. ¿Será buena? ¿Será mala? Me devora la impaciencia. Yo no puedo estar aquí. Suceda lo que suceda, allá voy. Gracias, y adiós.
J. Adiós, y mi enhorabuena.

ESCENA V

JUAN

Ya he perdido un cuarto de hora, es muy tarde. ¡Voy á verla!

ESCENA VI

JUAN, SIMPLICIO

S. ¡Mi querido Juan!
J. Simplicio, perdona. No me detengas. Un asunto...

S. Dos palabras.
Un favor.

J. ¡Hola! ¿Comedias tú también? ¿Estrenas algo?
S. Mi mujer es la que estrena. ¡Pobre Dolores! ¡Ya está con los dolores!

J. ¡Aprieta!
S. Un poco. Ha dado dos gritos que me ha dejado sin venas en la sangre, y aquí vengo á esperar.

J. Pues ahí te quedas.
S. Puedes mandar al criado á casa para que venga y vaya y me dé noticias.

J. Sí, hombre, todo lo que quieras. (Yo no pierdo ya más tiempo.) Adiós, y mi enhorabuena.

ESCENA VII

SIMPLICIO

¿Seré padre? ¿Será madre? ¿Será guapo? ¿Será fea? (Media hora aquí de paseos, de suspiros y de quejas.)

ESCENA VIII

SIMPLICIO, EL CRIADO

C. ¡Vengo corriendo y sudando!

S. ¿Qué hay?

C. No tema usted, no tema.

S. ¿Va bien?

C. Ha pasado bien, sin un tropiezo.

S. ¿De veras?

C. ¡Como una seda el primero!

S. ¿Qué dices?

C. ¡Como una seda!

Ahora vamos al segundo.

En seguida estoy de vuelta.

ESCENA IX

SIMPLICIO

¡Al segundo! ¡Dos, Dios mío! ¡Y yo con tres mil pesetas de sueldo! (Lamentaciones, paseos, etcétera, etcétera.)

ESCENA X

SIMPLICIO, EL CRIADO

C. ¡Soy yo!

S. ¿Qué tal?

C. Sin un roce el segundo. Es una perla. Más bonito que el primero, ¡pero mucho más!

S. ¿Y ella grita?

C. Bastante.

S. (Costumbre de todas. ¡Pobre Ruperta!) ¿Y á quién se parece?

C. Allí

hay opiniones diversas. Sostienen que se parece á muchas cosas.

S. ¿Qué? Buenas

y malas. Hay quien afirma que no es de usted.

S. ¡Qué me cuentas!

C. Ni el primero, ni el segundo tampoco.

S. ¿Qué malas lenguas!

C. Dicen que el primero es de Sardou.

S. ¡Cómo!

B. La idea.

Y de Dumas el segundo.

S. ¡De Dumas!

C. Conque paciencia y valor. Pronto acabamos.

S. ¿Aún no ha terminado?

C. Aún queda

el tercero.

S. ¡Hay un tercero!

C. ¡Va á ser la noche completa!

ESCENA FINAL

SIMPLICIO

¡Sardou... Dumas... ella... yo! ¡Qué horror... qué dolor... qué frío! ¡Tres hijos! ¡Ninguno mío!... (Telón rápido.— *Tableau*.)

MIGUEL ECHEGARAY.

CUENTO INFERNAL

I

Satán llamó una vez á una diableja que en remotas edades fué en el mundo una vieja que vivía zurciendo voluntades, y le dijo:—Mi amada Celestina, tú, que cres tan sagaz y tan ladina, hoy quiero que te luzcas en un grave negocio que medito. —¿Qué es, mi dueño y señor?

—Pues necesito

EL SANTO DEL PADRE



¡Qué demonio! Un día es un día...

LA PRIMERA MONA

(Contra-Darwinismo.)



Que Dios echó el resto al crear la mujer es cosa por demás sabida. Mas pareciéndole a ésta demasiada gollería para el hombre, privóle, en parte, de tanta belleza tapándose con una hoja. Y como di-
ra buen resultado, púsose otra en la espalda, otra en la cabeza... y así sucesivamente.



Pasó mucho tiempo entretenida variando la forma de las hojas, que una vez eran de nogal, otras de higuera, de berza, etc., etc.



Pero no contaba la pobre con que el medio en que se vive influye poderosamente en el modo de ser del individuo. Y de transformación en transformación... ¡ahí tienen ustedes el resultado!

M. G. S. 77

que á una chica muy buena me seduzcas.

—Bueno.

—Se llama Rosa,

y su vida azarosa

se pasa en un desván cosiendo á mano,

con lo cual el trabajo se hace eterno,

y no tiene otra cosa

que muchísimo sol en el verano

y muchísimo frío en el invierno.

—Eso, rey y señor, te participo

que es coser y cantar.

—Así parece;

peró es esa mujer el prototipo

de la virtud que lucha y no perece

ni á dádivas, ni á halagos, ni á promesas.

—¡Bah!—dijo Celestina.—¡A mí con esas!

Para otra no es muy fácil, ¡lo comprendo!

peró ¡á mí que las vendo!...

Dentro de un mes, con mucho desahogo,

ó antes, como tú quieras,

la tendrás en rehogo,

cual si fuese torrija, en tus calderas.

II

Pasado un mes, le dijo Celestina

al demonio mayor:—Aquella *madama*

se me fué de las manos. Un momento

hubo en que iba á lograr mis intenciones,

peró al fin, por huir las tentaciones,

decidió profesar en un convento.

—¡Monja!

—Precisamente.

—Bien; no entablo

más diligencias ya.

—Pues ¡no la quieres?

—Ella sola vendrá, que entre mujeres

acaba la mujer por darse al diablo.

JOSÉ ESTREMER.

EL HOMBRE FELIZ

COMEDIA DE ACTUALIDAD

I

Una voz.—¡La lista grande!

Juan.—¡Chico! ¡chico! Trae una. ¡Cómo! ¡Mi número! ¡Sí! ¡No me engañan mis ojos? ¡No, no me engañan! ¡Jesús, María y José! ¡Ya era hora! ¡Ay de mí! ¡Qué bueno es Dios! ¡Adiós penas! ¡adiós miseria! ¡adiós zozobras! ¡adiós necesidades! ¡Huid para siempre! ¡Ya no soy Juanito! ¡Soy D. Juan! Desde mañana... casas, olivares, coche, caballos, comidas de fonda, reloj de oro, sortijón, gabán de pieles...

II

La Correspondencia.—«Convénzanse una vez más los detractores del juego oficial. El premio gordo de Nochebuena ha caído esta vez en un hombre necesitado, ahogado de pobreza, roído de prestamistas, en el probo meritorio de Aduanas D. Juan García, que vive calle del Mediodía Grande, número 115, piso quinto.»

D. Juan.—También la prensa podía haberse callado el nombre y las señas de mi casa. Yo que quería ocultarlo á todos, por lo menos hasta que pusiera el dinero á buen recaudo. ¡Peró estos periodistas todo lo cuentan! ¡Mire usted, á ellos que les va ni les viene con que yo haya variado de fortuna de sopetón!... Señores míos, ahí está el gobierno, ahí está lo de consumos, ahí está lo de los tratados, ahí están las cuestiones de interés general; métense ustedes en eso y déjenme en paz.»

III

Un murguista.—¡Que sea enhorabuena, don Juan! Ahora que es usted rico, á ver si hay un par de duros para un figle tísico y un flautín lastimero y un trombón con bronquitis...

D. Juan.—Señores, ¡por piedad! ¡Que pasan de cincuenta las murgas que han venido, y no es posible que haya tantas en Madrid! Bueno que pongan ustedes en música mi felicidad, peró... ¡no tanta música! Zarzuela... pase; peró ¿ópera? ¡No, por Dios! ¡Cómo! ¿Otra murga? ¿Y otra esperando en la acera de enfrente?... ¡Vaya un servicio que me ha prestado *La Correspondencia!*

IV

D. Juan.—¡Ay! ¡Yo no voy á poder dormir mientras tenga este capitalazo en casa! ¡Por qué no me lo habrán admitido en el Banco? ¡Que ya no era hora!... Y la puerta de mi cuarto débil y el cerrojo sencillo y la cerradura de hoja de lata! ¡Quiá! ¡Yo no me acuesto! ¡Qué noche estoy pasando! ¡Y qué seis noches llevo! ¡Esto no es vivir!... ¿Ha sonado un ruido? ¡Sí! ¡Andan en la cerradura! ¡Eh! ¿Quién va? ¿Quién anda en la cerradura? ¡Atrás! ¡Que le pego á uno un tiro!...

Una voz.—No, no se alborote usted, cabayero... Soy yo, un vecino honrado, peró algo chispo. ¡Que he bebido un poquito más! ¡Bueno! ¡Pa qué lo venden! ¡Me he equivocado! Un *equivoco* cualquiera lo tiene. ¡No soy yo el equivocado, son las treinta copas las que se equivocan! ¡Usted perdone! Soy un vecino honrado,

un cabayero también, aunque chispo, peró eso cae por fuera, y buenas noches y viva la constitución de la nación y ande el negocio y que bajen el vino...

D. Juan.—Vaya usted á dormirla y déjeme en paz. ¡Qué susto me ha dado el tío!... ¡Ay! ¡Yo me caigo de sueño! ¿Otro ruido? ¡No! ¡Es el miedo! ¡Cuánto tarda en amanecer!...

V

Un corredor.—Nada, nada, compre usted amortizable, es lo más conveniente. Está alto, es verdad; peró si en el sorteo le sale á usted algún título... ¡ya ve usted ganancia!... Puede usted también comprar Cubas.

D. Juan.—¿Cubas? ¡Para qué!

Corredor.—¡No, no son cubas! Es un papel que se llama así. Puede usted también tomar unos ferros...

D. Juan.—¿Ferro Bravais ó jarabe de hierro?

Corredor.—No; acciones de ferrocarriles...

D. Juan.—¡Ah! ¡Ya! Lo que usted quiera. Yo no entiendo de eso...

VI

Carta 1.^a—«Sí, Sr. D. Juan, esta situación es insostenible. Mi esposa recién parida, mis chicos con viruelas, yo cesante. Todo está empeñado, dormimos en el suelo, no tenemos pan...»

Carta 2.^a—«Créame usted, es negocio seguro. Con quince ó veinte mil duros pueden hacerse grandes capitales. La mina está en ganancias, peró hay necesidad de hacer trabajos, atacar nuevos filones, montar máquinas nuevas, en fin, explotar el negocio. Usted no tiene que meterse en nada ni figurar para nada, sino dar el dinero. Yo lo haré todo. Usted será socio capitalista y yo socio industrial. Usted da el dinero y yo el *pesqui...*»

Carta 3.^a—«Y mi mamá tiene razón. Una ánima sola ni canta ni yora. ¿Qué hace usted solo? ¿Quién le cuidará á usted en una enfermedad sin una mujer como yo? ¿Quién le distraerá en sus penas? Porque yo canto de to: ¡playeras, peteneras, carseleras y habaneras! Y si sa menester me doy tres patás, y si es preciso se las doy al lusero... Sí, D. Juan del arma mía, como disen en Tenorio...»

Carta 4.^a—«Eso usted verá. Ó mañana á la una de la madrugada deja usted cinco mil duros en el banco núm. 4 del paseo de Recoletos, ó pasao mañana se queda usted sin gañote. Y puede usted avisar á la autoridad. To lo tenemos comprado y arreglado y preparado. ¿Va usted á perder el pasapán por mor de cinco mil cochinos duros? ¿Y un hombre tan rico como usted?»

D. Juan.—¡Peró, Señor, esto es un saqueo, una infamia; esto no es vida, ni tranquilidad! ¡Maldito premio gordo y maldita felicidad y malditos gorriones y ladrones y socaliñeros, y...

VII

D. Juan.—¡Bueno! ¿Qué quieres?

Mayordomo.—Decir al señor que ha bajado la Bolsa cinco enteros.

D. Juan.—¿Por qué?

Mayordomo.—Creo que han querido matar al czar de Rusia.

D. Juan.—¡Todo sea por Dios!

Mayordomo.—Y ha quebrado la casa Fulánez, Mengánez y Compañía.

D. Juan.—¡Hombre! Pues se me lleva 75.000 duros.

Mayordomo.—Y ahí ha estado el cochero y ha dicho que el tronco de yeguas ha muerto esta mañana. Cree que de pulmonía.

D. Juan.—Mala pulmonía le dé á... ¡Dios padre me perdone!

Mayordomo.—Y acaban de avisar que la casa nueva de la calle del Tribulete se ha hundido...

D. Juan.—¡Hombre! ¡Que avisen corriendo al administrador!

Mayordomo.—Señorito, el administrador se ha fugado. Desde ayer le andan buscando y no le encuentran.

D. Juan.—¡Abrete, tierra, y trágame! ¡Y traga á la dirección de loterías! ¡Y al director de rentas! ¡Y á todos los directores! ¡Y muera Sansón y todos sus filisteos!...

VIII

Excmo. Sr. Director de Aduanas: El que suscribe, Juan García, residente en la calle del Mediodía Chica, núm. 90, buhardilla, donde se halla recogido de lismona, meritorio que ha sido en las oficinas centrales del digno ramo que V. E. dirige dignamente y con toda dignidad, á V. E. acude en súplica de que tenga á bien sacarle de esta miseria en que vive y tenderle una mano generosa y concederle una plaza de meritorio como la que desempeñaba, ó de portero, ó de ordenanza, ó de aspirante á cualquier cosa, con un sueldo ínfimo ó como V. E. guste. Gracia que espera lograr de V. E. y de su magnánimo corazón, mientras el que suscribe pide á Dios guarde la vida de V. E. muchos años y le libre de la peste y de la pobreza y del premio gordo de la lotería de Navidad, etc., etc...

Madrid etc.—Juan García.

IX

Moraleja.—¿Dónde se esconde la felicidad?

Varios sujetos desairados por el bombo grande del sorteo.—¡En mi casa!

MANUEL MATOSES.

MENUDENCIAS

REPRESALIAS

Los franceses *moliéndonos* están,
pero vengarse de ellos fácil es.
Ved en dos líneas mi sencillo plan:
no bebamos burdeos ni *champán*,
ni traduzcamos obras del francés.

UN IRRESPONSABLE

Una alondra á un murciélago decía:
—Ven, amigo, á volar;
no te retires cuando asoma el día,
tú no sabes gozar.
¿Aborreces la luz? ¡No se comprende!
Y el otro contestó:
—Dios me hizo así, la claridad me ofende.
¿Qué culpa tengo yo?

LA ENMIENDA

Del año el último día,
siguiendo la tradición,
con todo su corazón
así un borracho decía:

—¡Permita Dios que reviente
con lo primero que beba!
Año nuevo, vida nueva;
¡desde mañana... aguardiente!

M. RAMOS CARRIÓN.

EL LOCO

FÁBULA

Un loco que aseguraba
ser hijo de galgo inglés,
tomó al escape la vía
cuando iba á salir el tren.
—¿Adónde vas? le gritaron
treinta voces á la vez,
y él respondió:—Voy de apuesta,
no hay quien me gane á correr.
Siguiéronle, aunque á distancia,
cinco personas ó seis,
unas por noble designio,
y otras sin saber por qué;
pero al sonar el silbato
de partida en el andén,
dobló su carrera el loco
y ellas pararon los pies,
quedándose en una altura
desde la cual á placer
el camino dominaban,
casi tirado á cordel.
Rugiendo como la fiera
cuando en peligro se ve,
la máquina mientras tanto
templaba su rapidez,
y en un instante, cogiendo
al andarín de través,
hecho un ovillo arrojóle
al fondo del terraplén,
y siguió dando silbidos

hasta desaparecer.
Para auxiliar al cuitado
llegó la gente en tropel;
dentro de un charco, pedía
que le echasen una red.
Sacáronle, pero á pulso,
pusiéronle al sol después,
y entre un hijo del albéitar
y un primo hermano del juez,
de vendajes le cubrieron
á su modo y su entender.
Y es fama que al contemplarse
desollado como un buey,
rota una pierna, y distinto
del que en otro tiempo fué,
aún exclamaba con ira:
—¿Lo vieron ustedes bien?
Tan sólo por el amaño
triunfó de la intrepidez.
Si el bárbaro no me empuja
y no me deja caer,
¿por dónde hubiera perdido
yendo yo delante de él?

Todo el que corre á la gloria
con entusiasmo y con fe,
lleva detrás una bestia
de que Dios nos libré: amén.

MANUEL DEL PALACIO.

FIN DE SIÈCLE

Se fué el noventa y uno.
Vino el noventa y dos. ¡Qué desengaños!...
¡Así corren los años!...
Vendrá el noventa y tres, y los franceses
hablarán de sus glorias y reveses.

Vendrá el noventa y cuatro.
¿Y cómo estará entonces el teatro?
¿Tendremos algún público que sólo
por dar un espectáculo en Apolo
grite un sainete al acabar su estreno,
después de haberle parecido bueno?
¿Por qué, oh público, juzgas con pasión
en la primera representación?
Para evitar tu saña furibunda,
¡quién pudiera empezar por la segunda!

Vendrá el noventa y cinco, y en seguida
vendrá el noventa y seis. ¡Corta es la vida!

Vendrá el noventa y siete.
¡Todo á la acción del tiempo se sometel!...

Vendrá el noventa y ocho.
Estaré para entonces viejo y chocho
y no me dejarán salir de casa,
como á un niño pequeño,
por miedo á que me roben?
No, porque todavía seré joven
comparado con Burgos y Luceño.

Vendrá el noventa y nueve. ¿Quién lo duda?
Y sin que nadie á despedirle acuda
vendrá su sucesor. ¡El novecientos!
Y entre lluvias y vientos
y entre copos de nieve,
público, comediantes y poetas
del siglo diez y nueve,
se irán donde se fué con sus muletas
el rico labrador de las Casetas.

RICARDO DE LA VEGA.

UN ÉXITO FRANCO

I

—Vengo á decir á usted que mañana estreno una piececita en Rómea.

—Me alegro mucho.

—Y tengo un gran interés en que asista usted á la representación.

—Muchas gracias, Serafín; pero ya sabe usted que no salgo de noche.

—Pues si usted no va, me ofendo.

—El relente me hace muchísimo daño, y además tengo á mi esposa con la punzada.

—¿Y eso qué es?

—Un dolor que se le fija en un vacío y no podemos dejarla sola, porque cuando no tiene quien la rasque, se rasca á sí misma y después le duele.

—Bueno, pues yo no me voy de aquí sin que usted me prometa que asistirá á la primera representación de mi obra.

—¿Cómo se llama?

—*Agua de vegetal*. Todos dicen que va á alborotar, y hoy en el ensayo el tenor cómico no se pudo contener y me dió dos besos. Por nada del mundo quisiera que dejase usted de ir, porque basta que sea usted antiguo amigo de mi familia.

—Sí; su padre de usted ha sido mi compañero de armas. ¡Qué pronto se murió el pobrecillo!

—Estaba bueno y sano mudándose los calcetines, sentado en la cocina, y de pronto comenzó mamá á llamarle «feo» y «mal encarado»; entonces él cogió la badila para defenderse, pero tropezó en unos zapatos de la criada y fué á dar de bruces contra el fogón. Desde aquel día no volvió á levantar cabeza, y una tarde nos le encontramos difunto sobre un ruedo del pasillo.

—No evoque usted recuerdos tristes.

—Tiene usted razón; ahora de lo que se trata es de mi obra. Conque aquí le dejo una butaquita.

—Pero...

—Nada, nada; quiero que usted la vea, porque tengo la seguridad de que voy á proporcionarle un buen rato. Cuando estaba escribiéndola yo mismo me reía sólo, de ver las cosas que se me ocurrían. No deje usted de ir y me dará las gracias. Ea, D. Severiano, yo me retiro, porque aun tengo que repartir todas estas butacas entre personas conocidas. Abur.

—El caso es que yo no me atrevo á dejar sola á mi mujer, porque tengo la seguridad de que se desuella viva. Aparte de esto, el relente me hace muchísimo daño.

—No admito disculpas. Hasta mañana.

—Es que...

—Abur.

II

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Tener que ir al Teatro Rómea!... ¿Y para qué? Para resfriarme.

—Yo no quiero quedarme sola, Severiano.

—Pues yo no puedo dejar de ir. Se trata del hijo de un compañero de armas, á quien he visto nacer, como quien dice. ¡Bien desgraciada ha sido la pobre criatura! Me acuerdo que una vez se le cayó á su madre dentro de un perol lleno de dulce de guinda.

—¡Pobrecito!

—El padre decirse que vive de milagro, porque (todas las nodrizas que tuvo resultaron secas, hasta que se encargó de su lactancia un asistente, y á fuerza de biberón y de rancho le sacó adelante.

—¿De modo que tú vas á ir á ver la pieza?

—¿Qué remedio!

—Pues yo no me quedo sola.

—Tengamos la fiesta en paz.

—Te digo que no.

—Yo hago de mi cuerpo lo que me da la gana.

—¡Déspota! ¡Iracundo! ¡Hombre sin educación!

—¡Bruja!

—¡Feo!

III

—Caballero, esta butaca no es la de usted.

—¿Cómo?

—Esta es la fila 3.^a, número 4, y va usted á tener que levantarse.

—¿Para qué?

—Para que se siente este caballero.

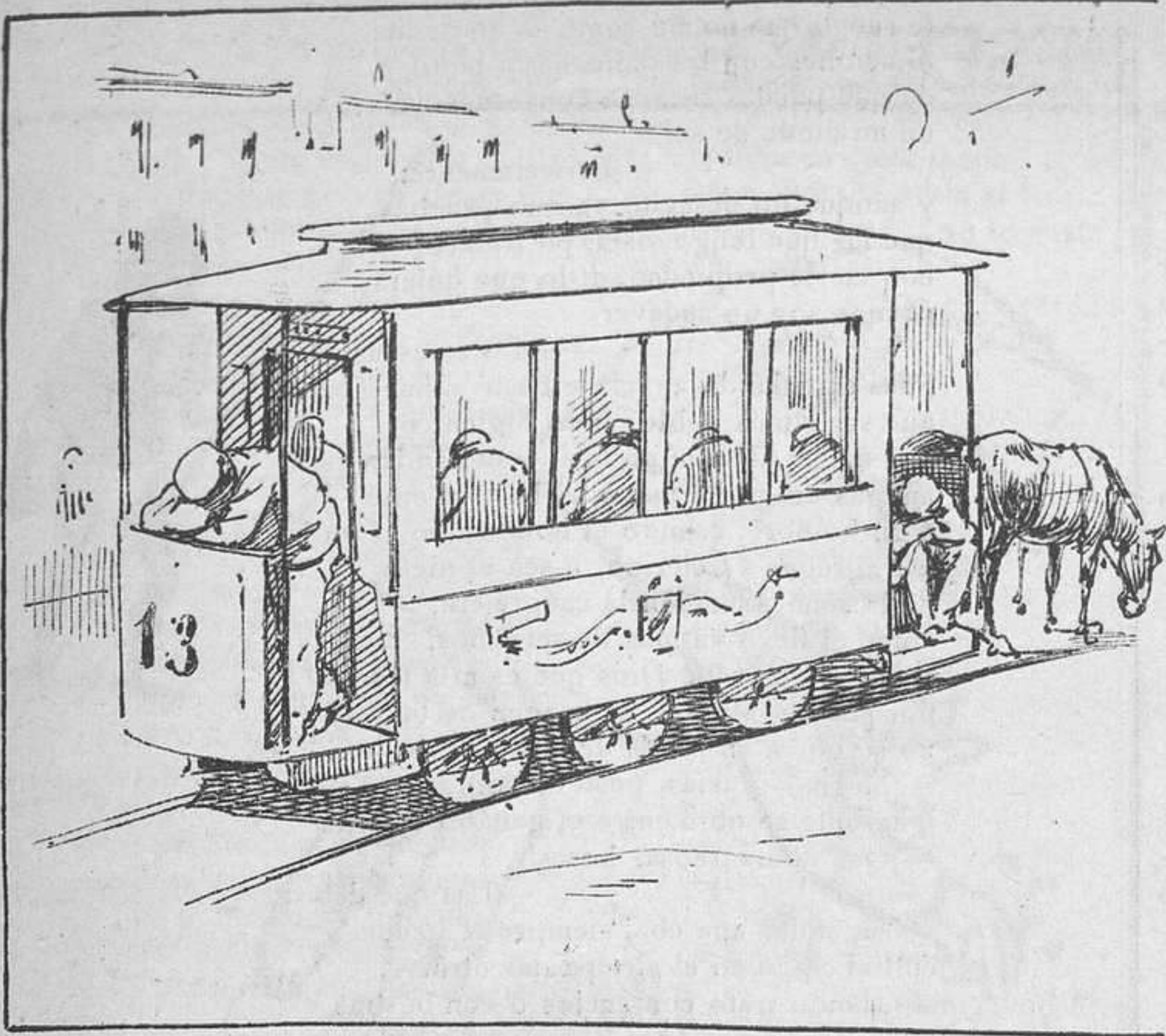
—A mí me ha dado el billete el autor.

COMEDIA SIN DESENLACE

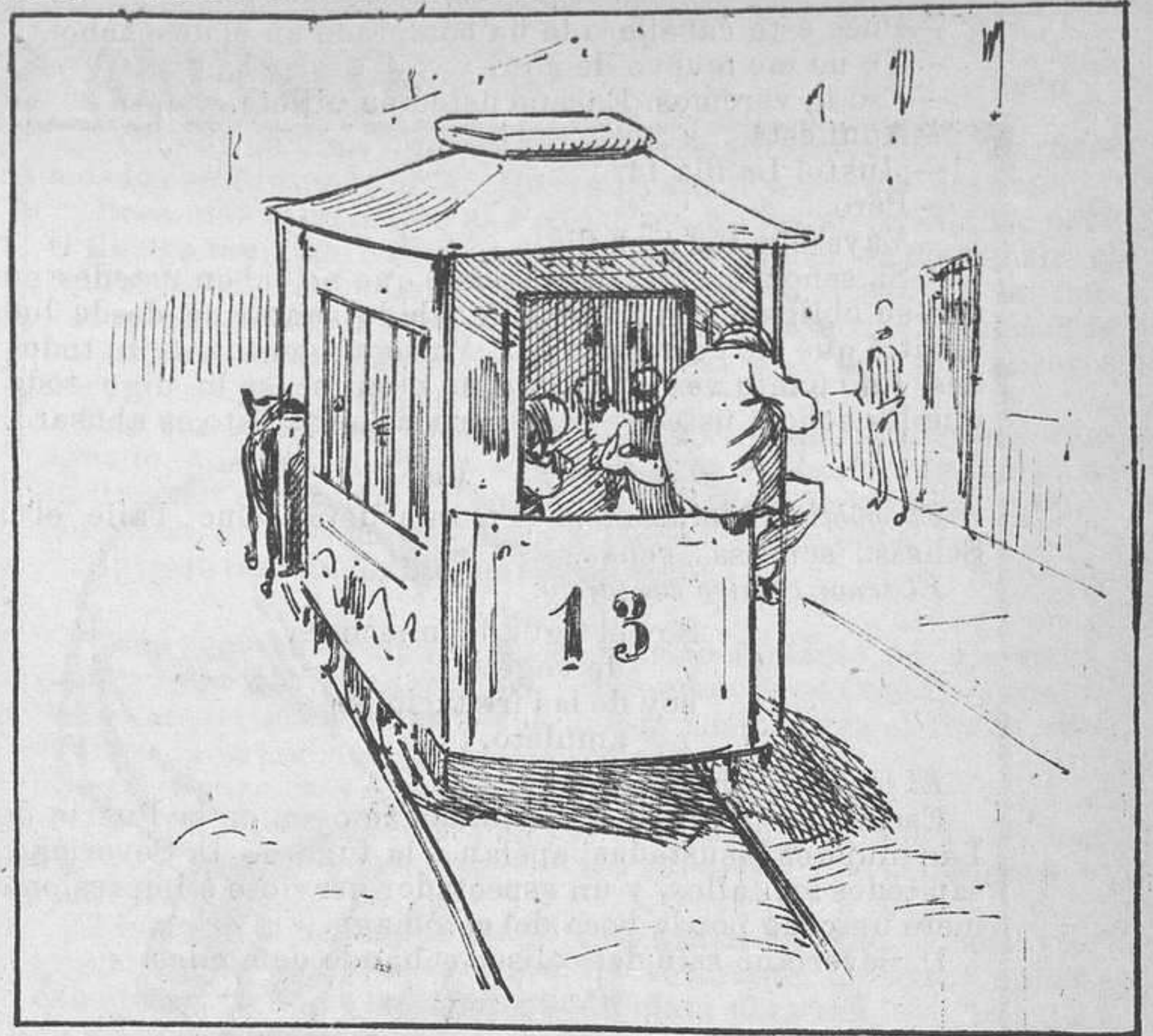


A. Fox

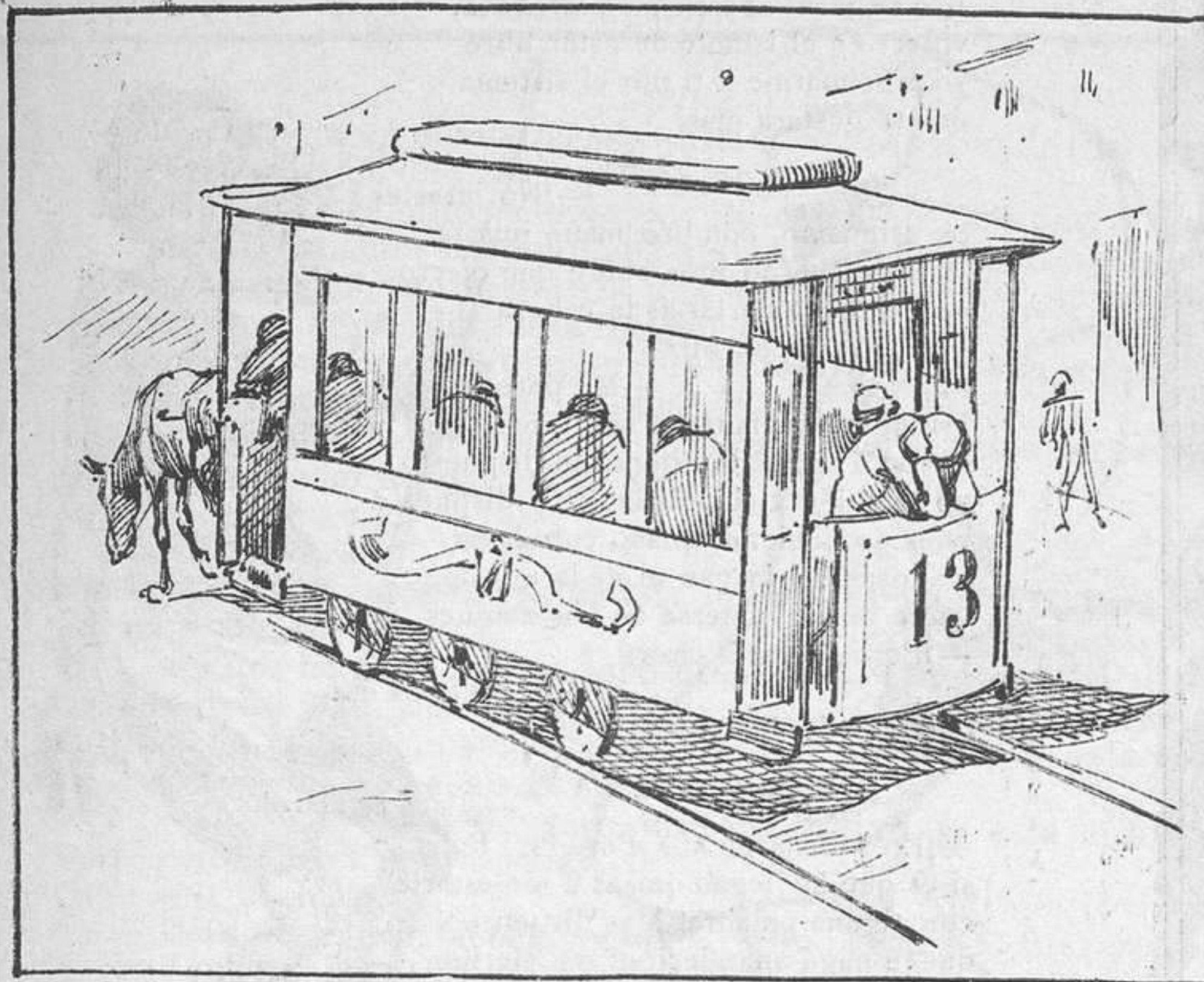
RETIRO-POZAS-ARGÜELLES (Gran velocidad)



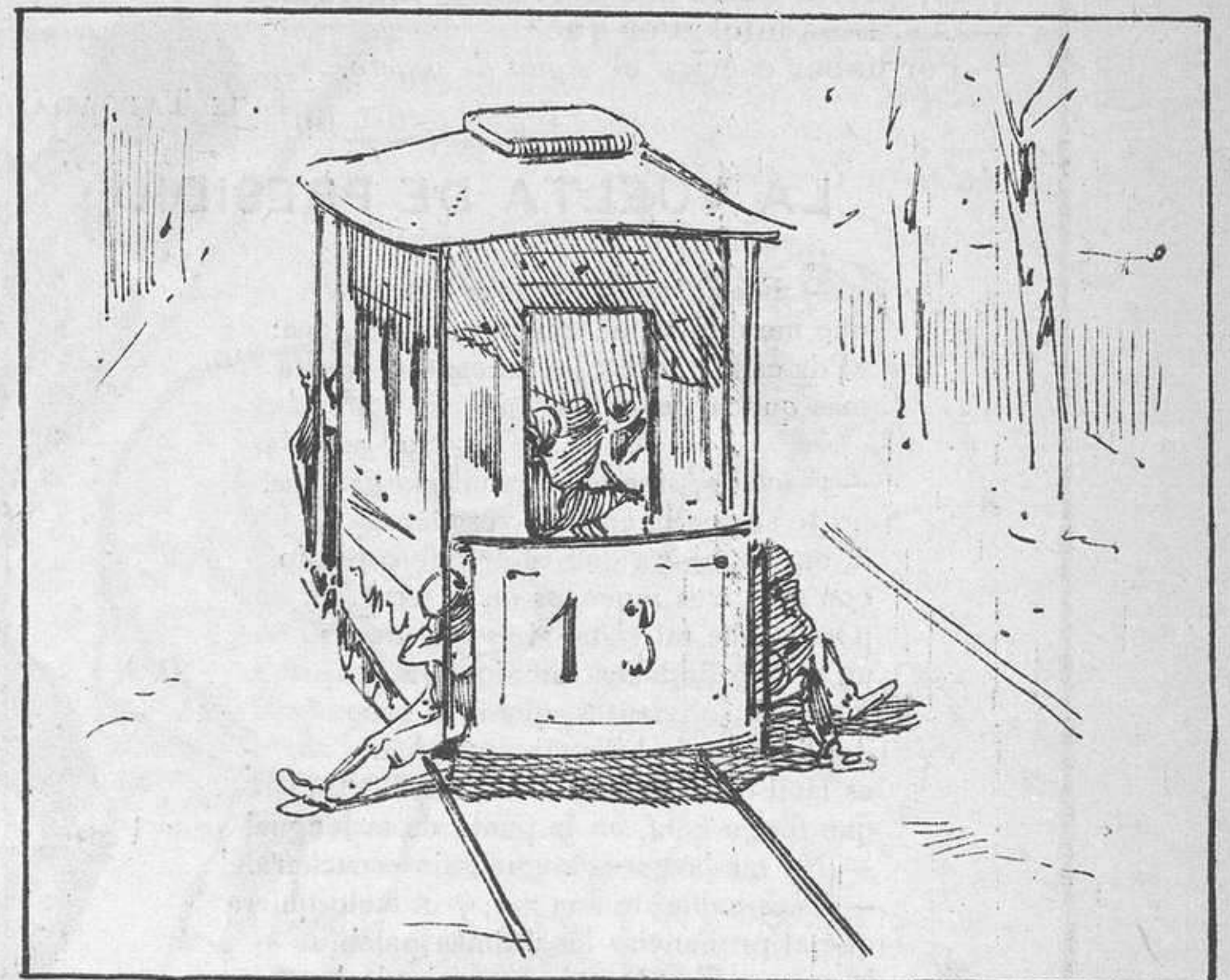
Esperando la hora de la salida.



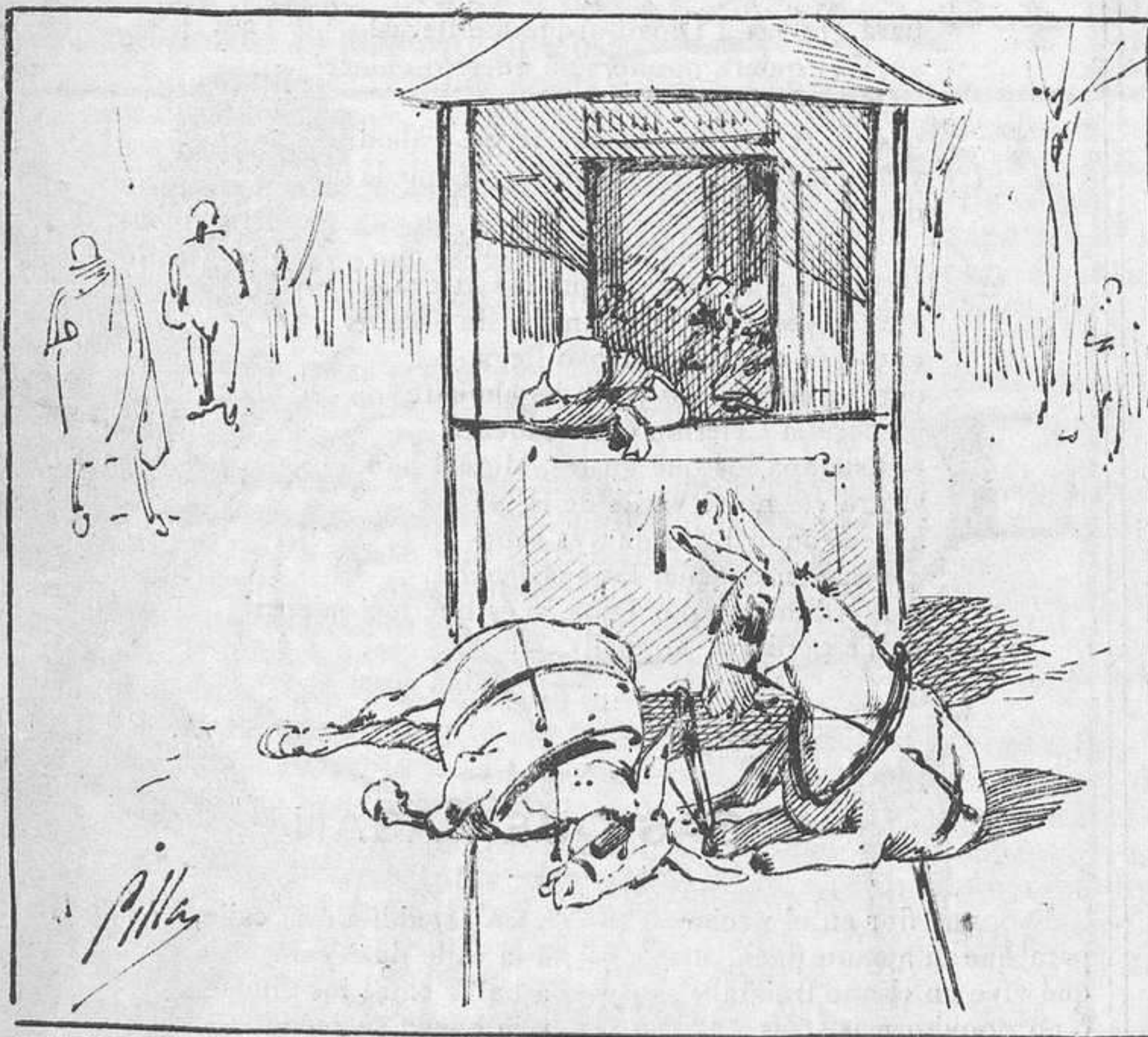
Esperando el cruce de la calle de Claudio Coello.



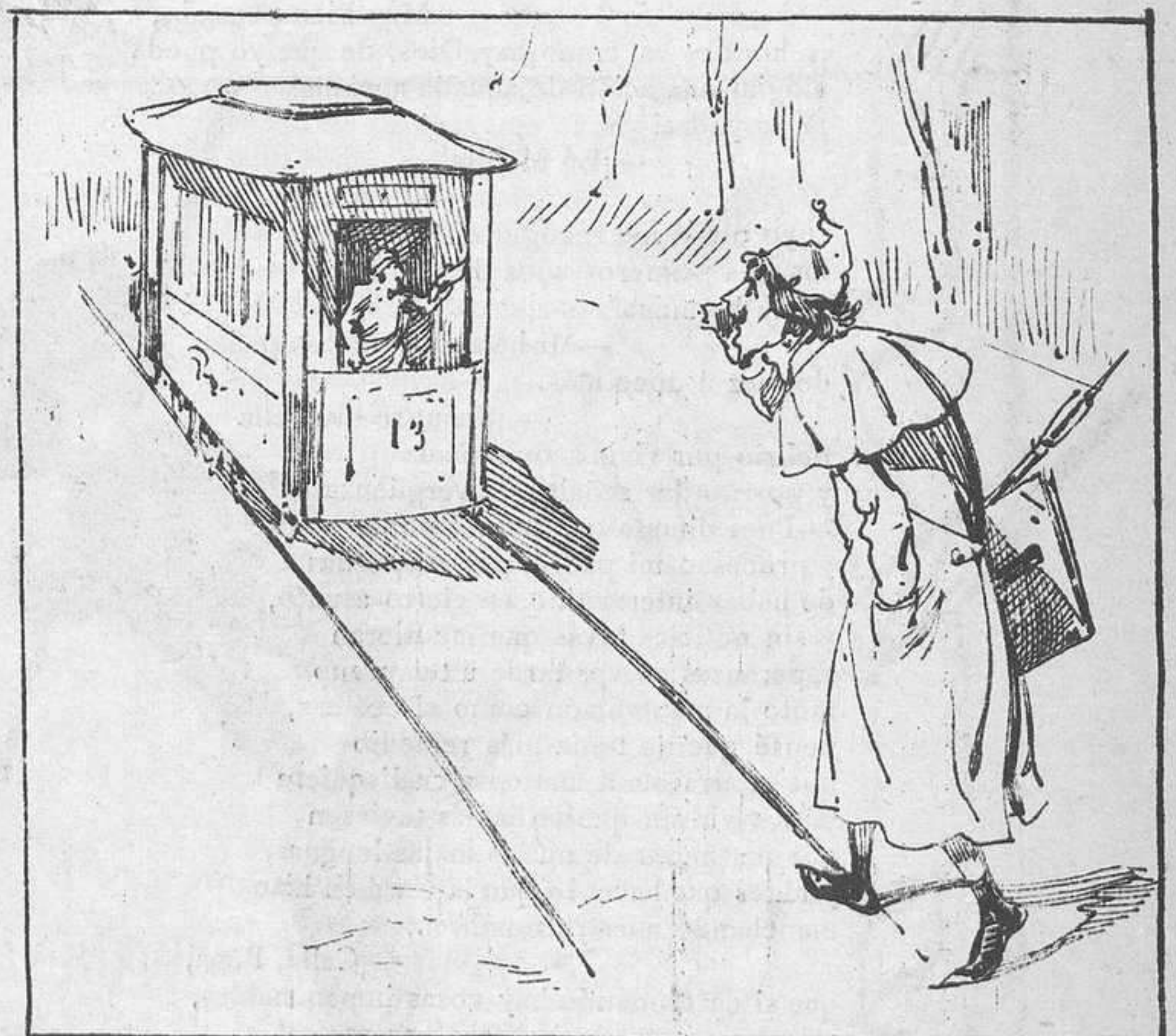
Esperando el cruce de la calle de Génova.



Esperando el cruce de la calle de Sagasta.



Esperando que Dios Nuestro Señor venga a juzgar á los vivos y á los muertos.



Diga usted á la empresa que un día de éstos volveré yo á hacer otro viaje.

—Pues este caballero lo ha comprado en el despacho.
 —Yo no me muevo de aquí.
 —Eso lo veremos. Enseñe usted su billete.
 —Aquí está.
 —¡Justo! La fila 14.
 —Pero...
 —Váyase usted á su fila.
 —Sí, señor, me iré; pero conste que no saben ustedes cumplir con su obligación, porque han debido sentarme desde luego en el sitio que me corresponde... ¡Valiente gentuza son todos ustedes! En cuanto vea á D. Serafín, el autor, se lo digo todo para que les eche á ustedes una buena filípica. Esto es abusar...

IV

El público, indignado.—¡Fuera, fuera! ¡Que baile el autor! Schsss... schssss... schs...

El tenor cómico cantando:

Soy el agua bienhechora
 de vegeto,
 soy de las irritaciones
 amuleto.

El público.—¡Fuera, fuera!

Escándalo general: los silbidos se oyen en la Puerta del Sol. Las mujeres, asustadas, apelan á la fuga. Á D. Severiano le pisan todos los callos, y un espectador nervioso é impresionable le mete un codo por la boca del estómago.

D. Severiano sale del coliseo echando demonios.

V

—¿Está en casa D. Serafín?
 —No, señor. ¿Le quería usted algo?
 —Sí; quería darle dos bofetadas inmediatamente.
 —¡Ay, Dios mío! ¿Por qué?
 —Por haber escrito el *Agua de vegeto*.

LUIS TABOADA.

— * —
 LA VUELTA DE PRESIDIO

—¡Eres tú aquella moza casi pura que me dijo al marcharme á Cartagena: «Por estas cruces que te espero intazta mas que tardes un siglo?»

—Soy aquélla.

—¿Y cómo, siendo tú la misma prójima, no te se cae la cara de vergüenza al darme, ahora que vuelvo de presidio, con esos tres mocosos en la jeta? ¡Quítate de mi vista, si es que tienes un átomo de lacha tan siquiera, y no me soliviantes, que si el saco donde llevo la bilis me se vuelca, es fácil que te llame cierta cosa que tengo aquí, en la punta de la lengua!
 —¡No me juzgues, Miguel, sin escucharme!
 —¡Pues habla de una vez, y el cielo quiera que al pronunciar las últimas palabras la campanilla para siempre pierdas!
 ¿Y tu madre?

—¡Murió!

—Muy bien pensado, ¡y hora es ya, como hay Dios, de que yo pueda elogiar una acción de aquella anciana!
 ¿Y tu padre?

—¡En Melilla!

—¡Hermosa tierra, cuyo penal me recogió en su seno los dos primeros años de carrera!
 ¿Y tu hermana?

—Mi hermana, en compañía de diez ú doce más.

—¡Siempre tuvo ella delirio por vivir acompañada y por no dar señales de vergüenza!
 —Pues difunta que fué mi pobre madre y procesao mi padre, por sospechas de haber intervenido en cierto asunto, y sin noticias tuyas que me dieran esperanzas de ver tarde ú temprano tanto la mantención como el ecétera, pensé que no tenía más remedio que agarrarme á una cosa cualquiera para vivir sin que en jamás tuviesen que murmurar de mí las malas lenguas, y antes que hacer lo que la Carmen hizo manchando nuestro nombre...

—¡Calla, Pepa, que si en el mundo hay cosas inmanchables, ya sabemos entrambos que una es ésa! Mas prosigue, no ostante, tu relato, y haz el favor, si quieres, de ser breva, porque á cada palabra que pronuncias más la sangre en el cuerpo me se quema.

—Prosigo, pues, Miguel, pero ante todo te ruego que no me hagas la merienda, ni acciones con las patas hasta tanto de que puedas sacar la consecuencia de mi modo de ser.

—Perfeztamente; y aunque no nesecito ya más pruebas que las que tengo vistas pa tratarte con cierta propiedad, dí lo que quieras, porque soy un cadáver.

—¡Dios te escuche!
 Pues carculando al verme triste y huérfana que sería más noble y más higiénico que andar de aquí pa allá, como andan esas amigas de mi hermana, el hacer frente á un hombre, cuando el hombre no es un berzas, me agregué á Ceferino, ú sea el nieto de la señá Asunción la cangrejera, y con él llevo ya más de seis años, aunque bien sabe Dios que es á la fuerza, porque ¡ay, Miguel! la imagen de tu cara no se borra en jamás de entre mis cejas.
 —¡Muchas gracias, pero has obrao conmigo igual que se obra entre el ganao de cerda!
 —¡Qué comparanzas haces!

—Las que debo.
 —Tú, si das una coz, siempre te quedas con el casco en el aire pa dar otra.
 —Cuando trato con sucios ó con bestias es verdaz.

—¡Ay, Miguel!

—¡Pues está claro!
 ¿No te juré, al salir pa Cartagena, volver en el instante de estar libre y aprosimarme á tí por el sistema que te gustara más?

—Sí.

—¿No jurastes tú, asimismo, con una mano puesta ya no recuerdo bien sobre qué ojecto, que antes te cortarías la cabeza que casarte con otro?

—Me parece, y ninguno ha faltao á su promesa, que si á cumplirla vienes tú dispuesto, yo también á cumplirla estoy dispuest a pues no habiendo pisao entodavía las losas del juzgao ni de la iglesia, nadie puede meterse en mis acciones.
 —¿Pero no estás casaa?

—¡Pregunta es ésa que me ofende, Miguel!

—¡No!

—¡Pues es claro!
 —¡Eres dizna de mí! ¡Perdona, Pepa, si es que he llegao quizás á molestarte con alguna palabra! Mas dispensa que te haga una ojeción: ¡y Ceferino qué es lo que va á decir en cuanto sepa que te vienes conmigo?

—¡De seguro dará gracias á Dios porque me llevas!
 —¿Y si quiere oponerse á nuestro enlace?
 —Me saldría por una friolera, que yo te pertenezco en cuerpo y alma y á tu lao he de estar lo que me queda de vida.

—No esageres y permite, serrana de mi sangre, que me atreva, á estampar en tu cutis un par de ósculos mientras el día venturoso llega de que el cura nos junte legalmente pa darle á Ceferino en la cabeza.
 —Estampa los que gustes, Miguel mío, y otra vez no te vayas de la lengua ni seas animal, porque ya sabes que suelen engañar las apariencias.
 —¡Perdóname, por Dios, si es que me quieres!
 —¡Te perdono, Miguel!

—¡Bendita seas!

J. LÓPEZ SILVA.

— * —
 COSAS QUE PASAN

Eso, una flor en el pecho para que tu amante Juan, que vive en el año treinta ó un poquito más atrás, según el modo que tiene de escribir y señalar, pueda repetir que ha visto una flor sobre un volcán,

y en seguidita á la calle, á la calle de Alcalá á bullir entre los pinos y la buena sociedad un ratito, mientras llega la hora precisa de entrar en Calatravas, donde hacen una novena á San Blas,

de lo mejor que se ha visto,
que se ve y que se verá.
La música deliciosa
y los cantores igual,
la concurrencia elegante,
el predicador locuaz,
la temperatura tibia
y una semioscuridad
que quita al rostro defectos
y rubores al mirar.
Luego, al salir, las dos filas
donde uno y otro galán
sin querer se unen, formando
con precisión militar,
y tú—¿qué remedio tienes,
ni cómo lo evitarás?—
has de pasar por el centro,
exponiéndote al pasar
á oír un requiebro de éste,
otro del de más allá
y un ¡olé! del de adelante
y un suspiro del de atrás.
Después, á casa, seguida
lo menos de un centenar
de pollos, cosa inocente
que halaga tu vanidad,
y á comer con la familia

mientras llega el novio Juan.
Llaman... es él... entra loco
de júbilo, porque está
la niña en casa; temía
tener que ir á verla al Real.
—No, como á tí no te gusta
que vaya. .
—Esa es la verdad. .
¡Te mira allí tanta gente!
—Desde lejos. —¿Qué más da?
Yo, ya sabes, soy celoso,
no lo puedo remediar,
y en cuanto un hombre te mira,
me ciega el coraje ya.
—Pues por eso huyo yo de ellos;
lo primero es evitar
tus celos. —¿Y hoy no has salido?
—A la novena no más.
—Así te quiero, alma mía,
para mi felicidad.
—De la novena al teatro...
—¡Buena diferencia va!
...Y así continuó la plática
en amor y santa paz.

EUSEBIO SIERRA.

MEDALLAS MADRILEÑAS

EL POLLO PIRI

Á RAFAEL SALILLAS (1).

ANVERSO

La escena en pleno Océano Atlántico, á bordo de un vapor correo español que regresa de Cuba.

Un pasajero que se muere... El capellán del barco que le asiste... Gemidos de dolor... Palabras de consuelo... El moribundo oprime con la diestra una cartera de viaje, mientras el sacerdote le presenta una imagen de Jesús crucificado...

(Siento tener que «ejercer» de Ortega y Frias, pero los «fueros de la verdad» así lo exigen.)

—Padre—dice el enfermo,—¿me guardará usted un secreto? ¿Cumplirá mi última voluntad?

—Sí, hijo mío.

—¿De veras?

—En momentos tan solemnes no se promete ni se jura nada en vano.

—Pues bien, padre, ya sabe usted cuál es mi familia. Usted, según me ha dicho, tiene que ir á Madrid en cuanto llegue á España. ¿Querrá usted entregarle mis ahorros? En esta cartera los llevo. No pasan de cuatro mil duros.

—Llámeseme al capitán para que sea testigo de esta entrega...

—¡Oh! No hay necesidad...

—¡Oh! Sí, si...

Pero la muerte se echa encima, y no permite al clérigo realizar sus nobles propósitos; espira el pasajero; llega el vapor correo á Cádiz; el capellán viene á Madrid; visita á la familia de aquel infortunado; le da muchos recuerdos suyos; edifica á todos con su evangélica palabra; pero en lo tocante á los cuatro mil duros, no dice oste ni moste.

La familia, que tenía noticia de los ahorros consabidos, entra en dudas y sospechas; reclama al capitán del vapor; interviene la autoridad, y á fin de poner el asunto en claro, se invita al capellán á practicar ejercicios espirituales... en el Saladero.

Porque esta aventura, de cuya autenticidad responde el archivo de lá Audiencia, ocurría cuando aún estaba en pie aquella Escuela Politécnica del delito, y cuando el *Pollo Piri*, célebre.

Entre jayanes y marcas—que hubiese dicho Quevedo—brillaba como estrella de primera magnitud en el firmamento de los *garfios* de Madrid.

El cual doncel fué designado como compañero (espía dicen los profanos y *moutan* los polizontes franceses) del capellán mareante, en tanto que duraba su piadosa reclusión.

—¡Qué indignidad!—decía su merced al *Pollo Piri*.—¡Dudar de un hombre honrado, de un ministro del Señor!

—¿Qué hemos de hacerle, *pater*? Nadie está libre de una mala voluntad. Aquí donde usted me ve...

Y entre confidencia y confidencia, cigarrillo y cigarrillo, el catequista sagrado ibase trocando en incauto catecúmeno.

Habil y sagaz era el clérigo; pero el astuto ratero no le iba en zaga. Barbilindo y boquirrubio, ganábase una voluntad tan pronto como un portamonedas. Y ocurrió, al cabo de sendas maniobras ofensivas y defensivas, propias para ser descritas solamente por el soberano autor de *La última encarnación de Vautrin*, que el tomador dió con el secreto del capellán.

—¡Ah, *pater*! ¡Parecieron los cuatro mil duros!

—No, no... Te engañas... No hay tal cosa...

—Sí, señor; los tiene usted, y ahora mismo voy á dar parte al alcaide para que avise al juez.

(1) Por haber sido este mi amigo y compañero quien me refirió el auténtico lance en que se basa la presente historia.—N. del A.

—Pues bien, ¡entendámonos!

—Entendámonos.

—Que no se diga que me has espiado sin provecho... Partiremos los cuatro mil duros. Dos mil para ti y dos mil para mí.

Otros más fuertes que el *Pollo Piri* hubieran vacilado; pero el ilustre tomador había hecho punto de honra el descubrir el «nido» de su compañero, y quería mostrarse digno de la confianza puesta en él por las autoridades carcelarias. Apreciaba en más los claros blasones de su destreza que dos mil misereros duros. Antes que ladrón era artista.

Fué, pues, denunciado el mal apóstol, y naturalmente condenado, á la vez que se le adelantaba al *Pollo Piri* la hora de su libertad en premio del servicio prestado á la justicia, y se le felicitaba cariñosamente por alguaciles y corchetes.

¡Curioso tipo de delincuente honrado!

REVERSO

Pocas semanas después, en el mismo instante en que el capellán salía del Saladero para ser conducido á Ceuta—Tebaida de los modernos ascetas,—volvió á la misma casa el *Pollo Piri*, acompañado por una pareja de orden público.

—¡Pae cura, vaya usted con Dios!

—Adiós, *Pollo*. Te dió por ser honrado, y me perdiste; pero ya veo que á tu honradez le pasa lo que á los valientes y al buen vino.

El insigne tomador, por toda respuesta, escupió al soslayo y se encogió de hombros. Tranquilo y sonriente, no sentía menoscabada en un ápice su hombría de bien. ¡Era tan leve la causa de su nuevo encierro!...

Hé aquí cómo la describía *La Correspondencia* de la noche:

«El inspector de vigilancia Sr. Pérez ha detenido esta mañana al conocido tomador apodado el *Pollo Piri*, en el momento de hurtar el portamonedas á una señora que salía de la iglesia de San Luis. El portamonedas contenía dos pesetas en plata, otra en calderilla y una cédula de comunión.»

MARIANO DE CAVIA.

EL VICIO DE JESUSA

Yo pensé que era pura fantasía
que el amigo Taboada se traía
eso de que existiese
quien el vicio tuviese
de comer, cuando nadie lo advirtiera,
pedazos de papel ó de madera,
de cisco de retama,
de percalina, ó de algodón en rama.
Pero luego he sabido que Jesusa,
la chica de mi amigo Juan Medusa,
joven asaz hermosa y expansiva,
tiene desde su infancia
la costumbre nociva
de comer el papel en abundancia.

Cuidando de que nadie la sorprenda,
lo mismo se merienda
un plano de Jareño,
que un sainete de Vega ó de Luceño,
que el cartel de un teatro,
que un *Resumen* ó dos, ó tres, ó cuatro.

La madre sufre mucho
y anda siempre detrás de Jesusita,
lo mismo en casa que en cualquier visita,
quitándole papeles de delante;
pues la chica, si nadie se lo nota,
los hace una pelota
y los come al instante,
cual si fuesen ciruelas en compota.
Y si echan por debajo de la puerta
alguna novelilla, buena ó mala,
con ella se regala,
sin dejar por comer ni aun la cubierta.

¿Sabéis cuál fué su desayuno un día?

Pues un devocionario de su tía,
y á su fe de bautismo

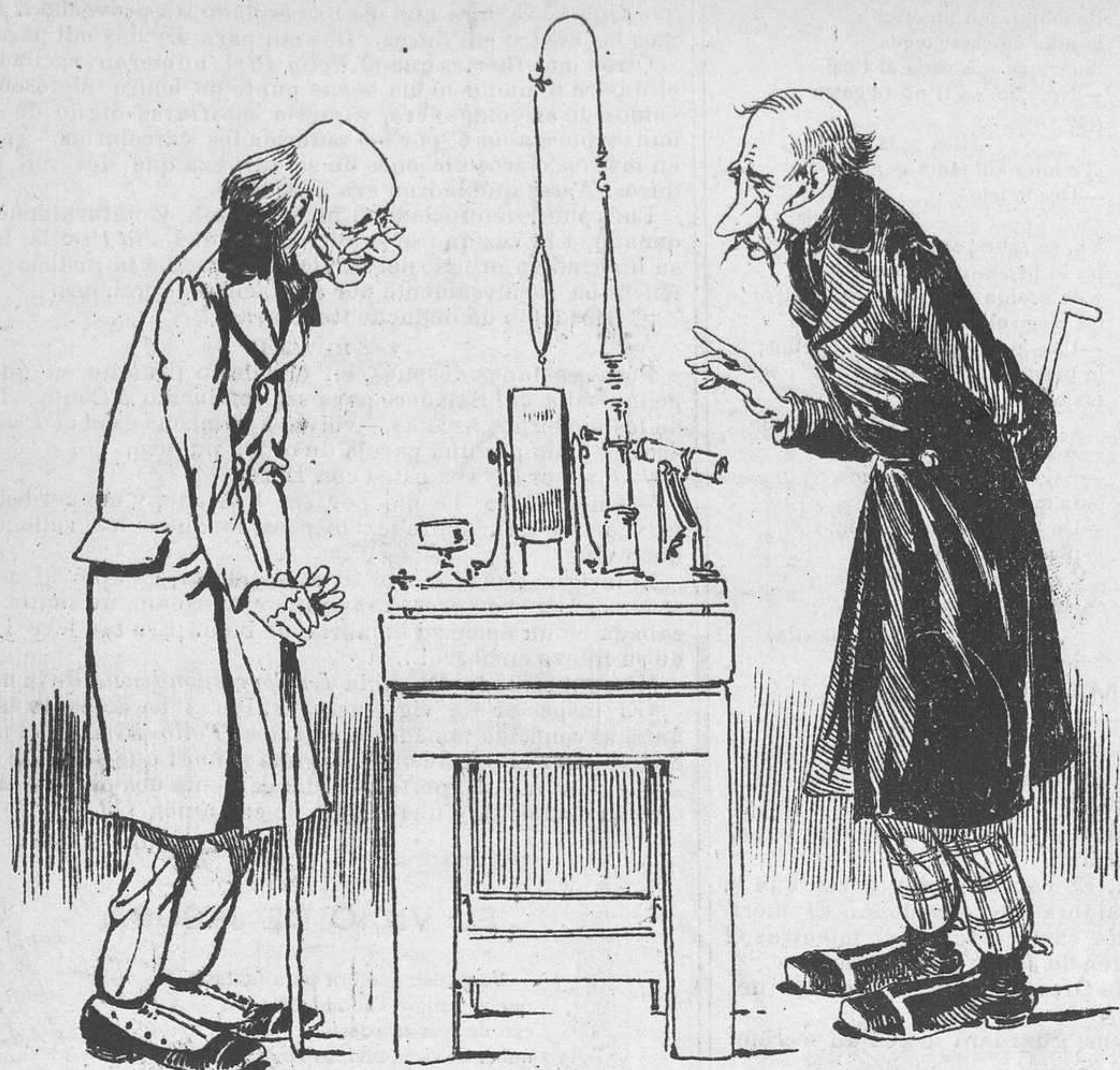
le pasó cuatro cuartos de lo mismo.

Está su vicio, en fin, tan arraigado
que, en contra de sus propios intereses,
sin cenefa y sin zócalo ha dejado
su cuarto tocador en pocos meses.

Y el mejor día, pues lo come todo,
va á comerse el diario de Santa Ana,
y van á darle un cólico cerrado
¡cerrado á piedra y lodol
los difuntos que trae la cuarta plana,
que son muy indigestos,
así como la ley de presupuestos.

Su médico, don Rufo Manterola,
que más bien que doctor es un cétaico,
le dice que el tal vicio traerá cola,
y ella atribuye su color violáceo
á que toca su padre la viola;
mas no hay que hacerle caso si lo cuenta;
está de ese color desde que abusa

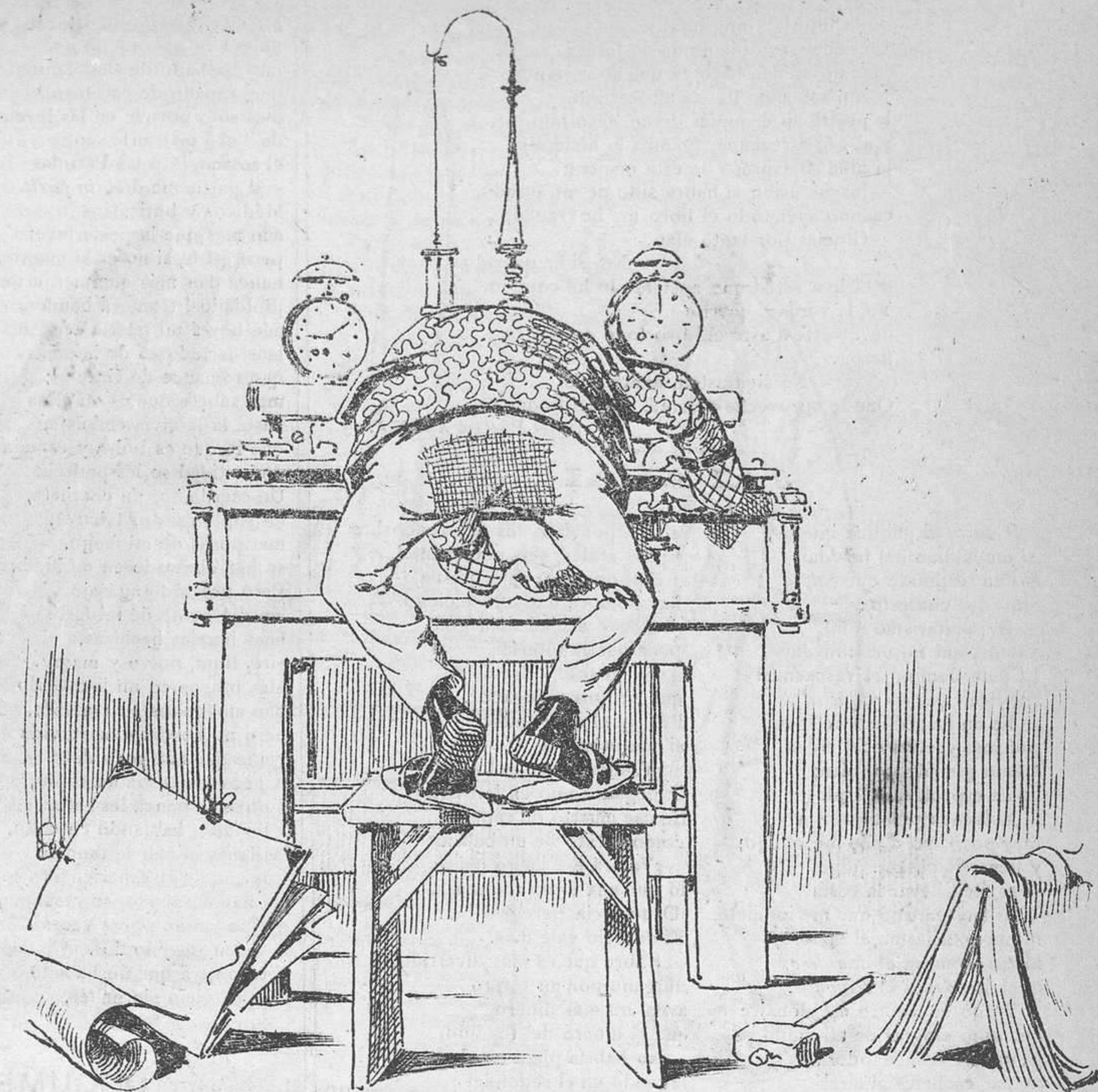
¡OH, LA CIENCIA!



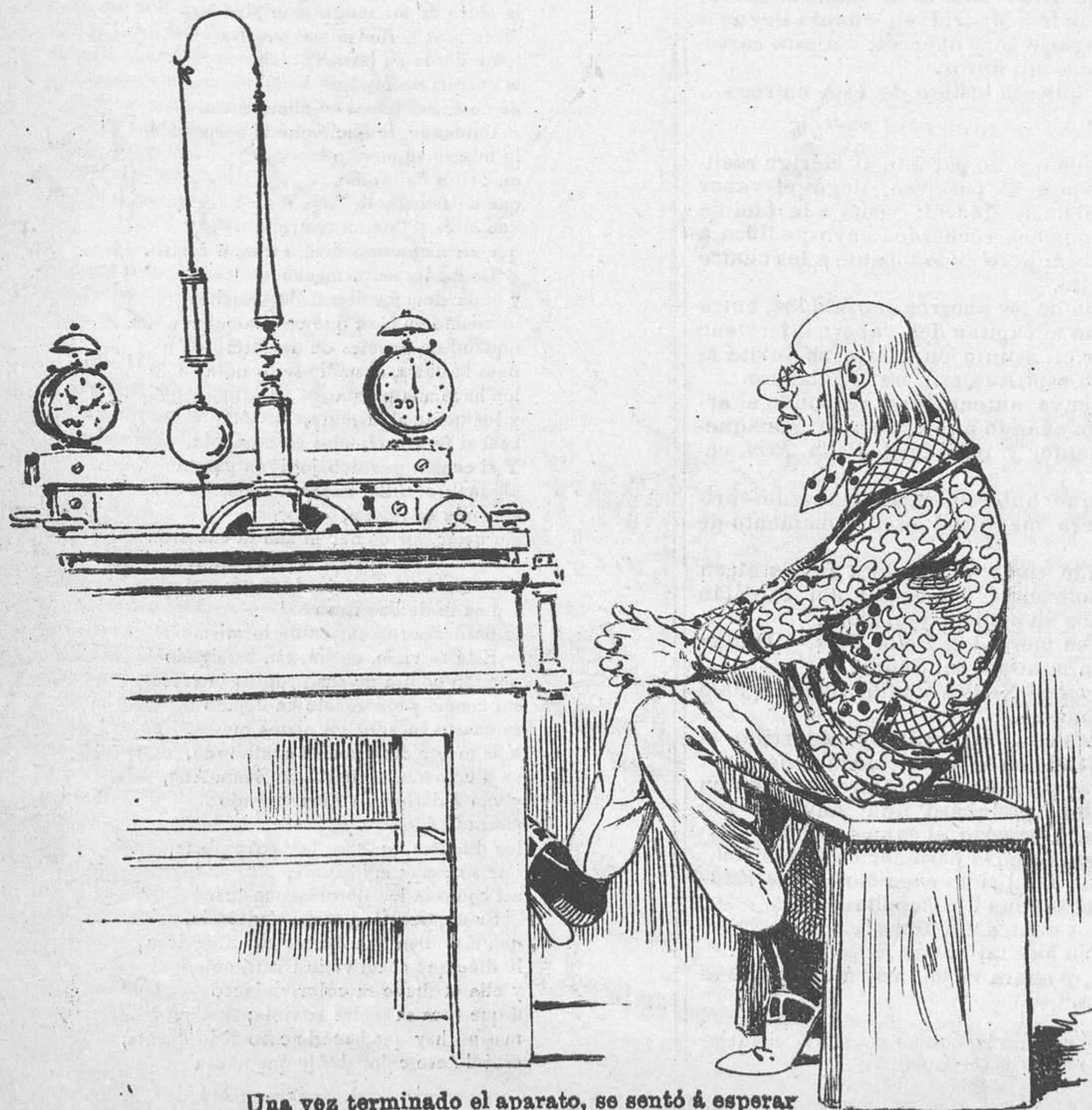
Los ilustres sabios notaron que el *sismómetro* que funcionaba en el Observatorio de *** no marcaba con la exactitud apetecida las oscilaciones subterráneas.



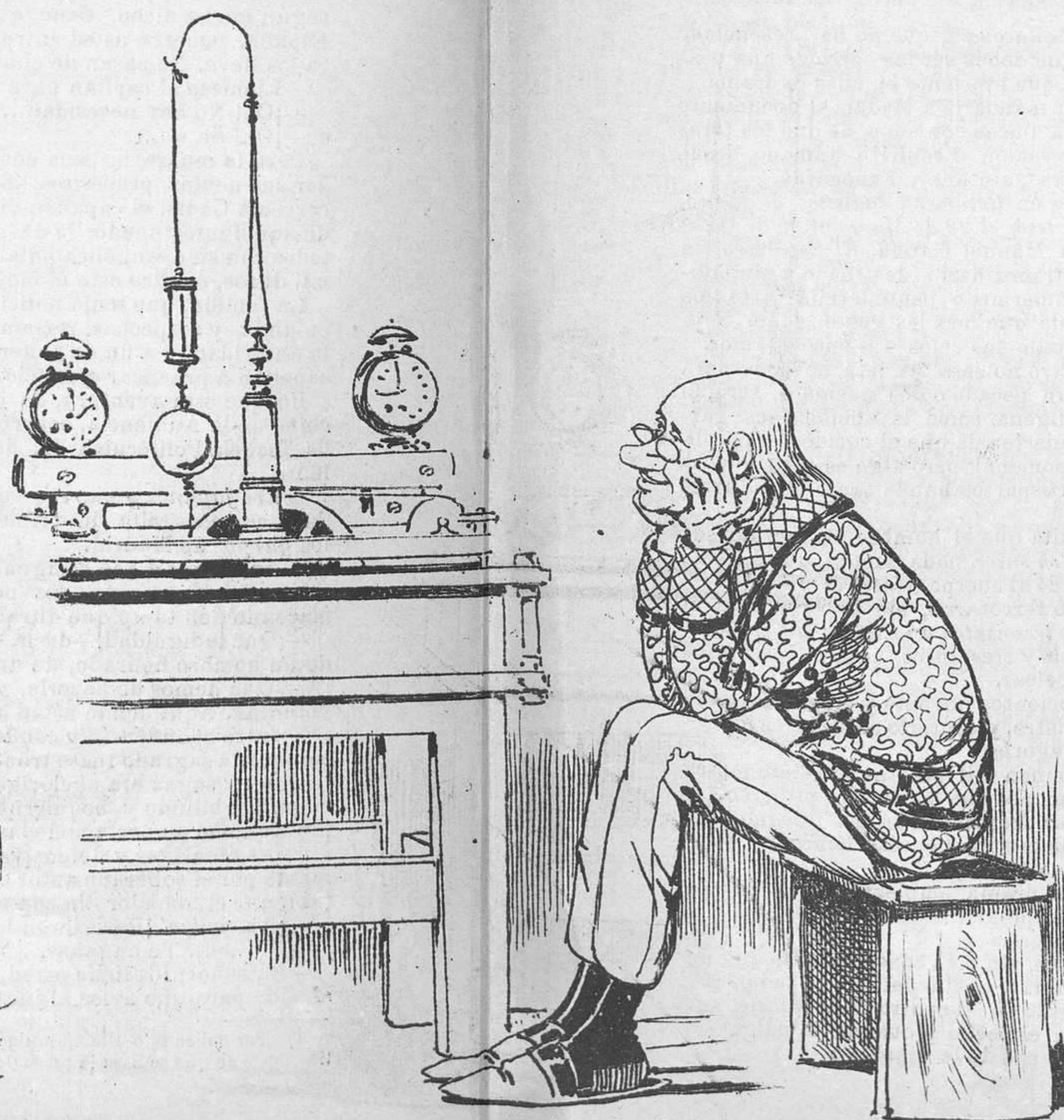
En vista de semejante deficiencia, uno de ellos construyó



y perfeccionó un nuevo sismómetro, tan completo, según él, que una mosca que se moviese debajo de la tierra no podía menos de ser notada.



Una vez terminado el aparato, se sentó a esperar que un temblor de tierra viniese a demostrar palpablemente lo exactísimo de sus cálculos.



Y así se pasó mucho tiempo.



Hasta que el terremoto vino efectivamente a demostrar... que cuando la cosa va de veras sobran los sismógrafos. Y los sabios.

Marquis

de la tinta de imprenta.
Lo demás son infundios de Jesusa,
¡que no sé que hace ya que no revienta!

Sin saber de Jesusa el desvarío,
le presté un ejemplar de un libro mío,
y al irlo á reclamar (¡nunca lo hiciera!)
la niña se expresó de esta manera:
—Juzgue usted si habrá sido de mi agrado,
cuando ayer todo el libro me he tragado.
—Gracias por tanto afán.

—No, si he querido
decirle á usted que ayer me lo he comido.
Yo, la verdad, querría
devolverle á usted el libro todo entero;
pero...

—No siga usted, amiga mía.
Que le aproveche á usted. ¡Ya no lo quiero!
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

JAI-ALAI

Contra el público interés,
si me hablan del Jai-Alai,
yo no respondo que *baí*,
sino que contesto *es*.

El pelotarismo á mí,
vamos, que no me convence.
(¡Cómo domino el vascuence!
¡Sé decir *que no* y *que sí!*)

Es un juego siempre igual,
por más vueltas que le den.
Como gimnástico, bien;
como espectáculo, mal.

Volver la pelota cuesta
muy poco, yo á ello me obligo;
y llevar la cesta... ¡digo,
si es fácil llevar la cesta!

Ni hay partido que me inquiete,
ni me entusiasma el *zaguero*,
ni me asombra el *delantero*,
ni el *jurado*, ni el *trinquete*.

Yo no encuentro ese donaire
que oigo elogiar de tal modo.
¿A qué se reduce todo?...
¡A dar cachetes al aire!

Y lo que es los jugadores
usan trajes bien sencillos.
¡Cuatro hombres en calzoncillos!...
El arte en paños menores.

¿Van delante?... Muy ufanos.
¿Ven que les cortan los vuelos?...
¡A tirarse de los pelos
y á mordiscos con las manos!

Convengo con un partido
como higiene corporal;
como moral, no es moral:
es un juego prohibido.

Llevan á gritos la cuenta,
y hay *momios* desatinados.

«¡Dos por diez, los encarnados!...»

«¡Los azules, seis por treinta!...»

Mil por uno, en la porfía,
hay hombre que ofrece ciego.
¡Señores, ése es un juego
peor que la lotería!

Ni un solo lance se da
que peligre el jugador.
Peligra el espectador
si una pelota se va.

¡Y, digo, si un pelotazo
le pegan á uno en la frente!
Se cae muerto de repente
como herido de un balazo.

¿Valdrá ese juego quizás
lo que una fiesta taurina?...
¡Ocurrencia peregrina!...
El despejo vale más.

Sobre que es más divertido,
ninguno por un torero
aventura más dinero
que el dinero del tendido.

No habría plata en el mundo
jugando en el redondel
á favor de Rafael,
el primero, ó *el segundo*.

En fin, conste mi protesta
y que, en justicia, declaró
que el *Jai-Alai* es muy caro
aun sin cruzar una apuesta.

Que España está en grave apuro,
que sobran ya diversiones
y que el que va á *los frontones*
no va al teatro, de seguro.

¡Y si, porque el juego impera,
el arte sufre derrotas,
reniego de las pelotas
y armo la gran pelotera!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

NOBLEZA OBLIGA

(BOCETO DE HACE DOS SIGLOS)

Porque son sus melindres, postres y antes,
alivio de cansados caminantes.

(Lope de Vega.)

Marica la de Alcobendas,
la de los ojos azules,
la que por amor del jarro
vive siempre entre dos luces,
pensando en que sus abriles
se le van volviendo octubres
y que en el oro del pelo
hebras de plata le bullen,
muy tomada de albayalde,
á la ventana de bruces
y los ojos dando caza
como corsarios de Túnez,
al ver á sus pies rendido
á Perico de Santurde,
traficante en cuchilladas,
sastre de humanos respuntes
y hombre que, aunque sus alientos
ahora en el ocio consume,
lleva escrita en las espaldas
una ejecutoria ilustre,
con una voz ceceosa
entre remostada y dulce,
en estas doctas razones
entre un suspiro prorrumpe:

«Fué siempre honrar á las damas
de hidalgos pechos costumbre,
y al ofrecerme tu amparo
bien tu nobleza descubres.
Que obligada le aceptara
no tengo por qué te jure,
que árboles de menos toldo
me han solido dar techumbre.
Pero es nuestra vida noria,
los años son arcaduces,
que si los llena esperanza,
luego desengaños fluyen;
y hoy hartó sé que los hombres
por el motivo más fútil
ya no se acuerdan el martes
de lo prometido el lunes.
Es mucho lo que se ofrece,
muy poco lo que se cumple,
que suele el más dadivoso
dar la paga en pesadumbres.
Aún niña, darne su arrimo
juraron condes y duques,
mas duques no dan ducados,
y condes que dan no cunden.

Me sirvió luego un letrado
doctor *in utroque jure*,
muy barbado de semblante,
muy rapado de cacumen;
mas sólo porque en las leyes
de Toro instruirle supe,
él se acogió á las Partidas
y al partir me dejó *in puris*.
Médicos y boticarios
aún más que la peste tuve;
pero éstos, si no es la muerte,
nunca dan más que menjurges.
¡Soldados! Como á bandera
aún hoy á mi puerta acuden,
más narradores de hazañas
que romance de Gazules;
mas sábetse que es en ellos
hasta la lascivia embuste,
que lo que es bolsa y espada
de castidad se les pudren.
Un escribano, un corchete,
un soplón y dos tahures,
mariposas de mi fuego,
se han abrasado en mi lumbre.
Pero por todo agasajo
me dió gente de tal fuste
unas barajas hechizas,
aire, tinta, polvo y mugre.
Más bravos en mí han caído
que mosquitos en azumbre,
pero no he visto en mi vida
gente que tan poco dure.
A unos les acaba un soplo,
á otros la penca les zurce,
y los más, hablando en culto,
las lanas al mar le tunden.
Los años y la experiencia
me han enseñado, en resumen,
que se juntan pocas veces
lo deleitoso y lo útil.
Y como, ya que no ha sido
mi vida cielo sin nubes,

hoy, que empiezo esa bajada
que acaba en el *de profundis*,
no quiero que por pecados
que no han de quedar impunes
la que vendió de sus carnes
acabe en comer legumbres.
Por eso no te sorprenda
que, aunque deseos me puncen
de honrarme con quien su nombre
vió de la fama en las cumbres,
deseche un ofrecimiento,
que obliga mis gratitudes,
y prefiera el real de á cuatro
del último transeunte,
que al fin y al cabo el dinero
¡mal haya su podredumbre!
es la preciosa triaca
qui tollit peccata mundi.
Bajó Marica los ojos,
frunció la jeta Santurde,
y tras torcer de las barbas
la mal domada pelumbre,
encogiendo aquellos hombros,
nuevos Atlantes que sufren,
ya que no un mundo, unas ronchas
casi iguales en volumen,
murmuró: «Pues es tu gusto,
en paz queda y Dios te ayude,
que lo que en perderme pierdes
no está bien que yo divulgue.
Mas como quiero probarte
que no han de hacer que renuncie
á servirte, ni desdenes,
ni celos, ni ingraticudes,
sólo te pido que mires
con cuánto me contribuyes
para que el mal que me causas
á puros tragos sepulte.»
Y ya en la calle, contando
de unas monedas la herrumbre,
añadió: «¡Cuánto en las hembras
el vil interés influye!»

ANGEL R. CHAVES.

DOCUMENTO TAURINO

¡Me río yo de los documentos humanos de Zola comparados
con el que tengo á la vista!

Dice el autor de los *Rougon-Macquart*, que no ha presenciado
nunca una corrida de toros, que deben ser las corridas una cosa
terrible; una barbaridad, pero que presente en ellas el drama.

¡*Altro* que drama! Estoy por mandarle á Medán el documento
de que he hablado antes, para que se convenza de que los toros
ofrecen ancho campo de observación al espíritu humano, desde
Shakspeare y Bouchardy, hasta Quintana y Echegaray.

El documento en cuestión es un *Resumen estadístico de las co-
rridas que ha tenido ajustadas, desde el 22 de Marzo al 25 de Octu-
bre de 1891*, el afamado espada Manuel García, *El Espartero*, un
hombre notable, eminente, extraordinario, destinado á simbolizar
mañana la humana paquidermis ó paquidermia (arreglen
ustedes el neologismo del modo que más les guste), como Shy-
lock representa la avaricia, Otello los celos y Romeo el amor.

Esa paquidermis del *Espartero* no será tan lata, no encarnará
en una expresión universal un pecado ó dos pasiones; será, si
ustedes quieren, cualidad indígena, como la afición á los gar-
banzos y el ejercicio de la omnisciencia que el cocido desarrolla
entre nosotros de un modo fenomenal; pero algo es algo y ven-
gan *Esparteros*, aquí donde el esparto abunda tanto en las artes
y en las letras.

Del *Resumen estadístico* resulta que el hombre ha metido sus
estoques, *jusqu'à ce que mort s'en suive*, nada menos que á *ciento
treinta y tres* toros, se ha echado al cuerpo *veintitrés mil ochocien-
tos noventa y tres* kilómetros en ferrocarril, sin haberse roto el
alma, y ha metido en la hucha *trescientas veinticinco mil* pesetas.

Pelear contra ciento treinta y tres toros, contra doscientos
sesenta y seis cuernos, ya es pelear.

Tragarse veintitrés mil ochocientos noventa y tres kilómetros
de vía férrea siendo Isasa ministro, y contarle además, es un su-
ceso inverosímil, una fantasmagoría.

Y ganar trescientas veinticinco mil pesetas en siete meses
y cobrarlas! parece, por los tiempos que corren, un pitorreo.

Aquí hay, cuando menos, dos dramas: el drama taurino y el
drama del ferrocarril. Lo de las trescientas veinticinco mil pesetas...
eso no es un drama, es una tragedia.

Y, sin embargo, el verdadero drama empieza ahora. Váyase
ustedes enterando de esto que copio del *Resumen estadístico*:

«Fué arrollado por el quinto toro.»

«Fué cogido por el quinto toro, sin más consecuencias que un
varetazo en la clavícula izquierda y cuello del mismo lado.»

«Al matar el quinto fué cogido en el centro de la suerte, su-
friendo dos varetazos, uno en el pecho y otro en la nalga iz-
quierda que le subió á todo lo largo de la espalda.»

«Al ir á descabellar el segundo toro, le atropelló dándole un fuerte pisotón en la parte interna de la pierna derecha.»

«Al tiempo de entrar á herir al primer toro la segunda vez, le pegó un terrible varetazo en el brazo derecho.»

«Al matar el primer toro sufrió un varetazo con sangre en el brazo derecho, de alguna consideración.»

«Al hacer un quite al toro primero fué cogido y volteado, resultando con un puntazo profundo en el costado izquierdo.»

«Al hacer un quite en el toro tercero fué cogido y volteado, resultando con una cornada de alguna consideración.»

«Al entrar á herir la segunda vez en el primer toro sufrió un puntazo de tres centímetros de largo y bastante profundidad en la parte superior de la muñeca izquierda.»

«Al dar un pase de pecho al tercer toro fué suspendido por la entepierna, y al tratar de librarse del toro, poniéndole la mano en el testuz, sufrió una gran cornada en toda la palma de la mano con arrancamiento de carne, dejando huesos al descubierto.»

Y aquí da fin la presente historia porque dieron fin las corridas, que si no, nos encontramos con lo siguiente:

«Al entrar á matar el primer toro, fué cogido y volteado y recogido y revolteado, resultando con el corazón atravesado de parte á parte y el estómago hecho polvo y los riñones salteados. A pesar de lo cual mató admirablemente á la res.»

Porque han de saber ustedes que después de las cornadas y los varetazos y los puntazos y los pisotones que enumerados quedan, *El Espartero*, según cuenta el *Resumen estadístico*, acabó con los agresores, y no se retiró hasta verlos arrastrados por las mulas. ¡Pa chasco! que dicen en Lavapiés.

Afortunadamente, Maoliyo, como le llaman sus admiradores, tiene entero el corazón y duro el brazo; y ya está listo para tragarse el año que viene toros, kilómetros y pesetas y, si á mano viene, bustos de tierra cocida, dijés, cajas de tabaco y petacas de plata con monogramas de rubíes y brillantes, que eso y mucho más le han regalado sus amigos en la temporada que acaba de transcurrir.

Pero con ser muy valiosos esos regalos, ninguno como el que ha hecho al *Espartero* su apoderado D. Federico Mínguez, que además de ser un aficionado inteligente é imparcial, á quien todos conocemos y apreciamos, se ha dedicado á administrar las corridas de Manuel García con exquisito celo y discreción.

El regalo de Mínguez es el *Resumen estadístico*, la hoja de servicios de la temporada, y gracias á tal documento, sabemos hoy á qué atenernos sobre el estado del cuerpo de Manuel, que es lo que interesa tratándose de toreros.

¡Qué lástima que no se haya hecho otro tanto anualmente desde que *El Espartero* entregó su virginidad á los toros, como pasto espiritual de berrendos y meanos!

¡Cómo tendrá su cutis el gran espada, que sólo en una temporada taurina ha sufrido dos cornadas, dos puntazos, cinco varetazos y un pisotón!

He dado algunos pasos para esclarecer asunto tan importante, consiguiendo averiguar que *El Espartero* posee en todo su cuerpo, desde arriba hasta abajo y de derecha á izquierda, sin distinción de categorías plásticas, *veintiocho* cicatrices.

Es un torero cosido al hilván, al pespunte y al dobladillo, que tiene zurcidos y frunces, y en cuyo desnudo se puede estudiar la estética de una máquina de Singer aplicada á la carne humana.

Le han ocurrido cosas extraordinarias. Matando en Valencia un toro del duque de Veragua, le pegó el animalito una cornada feroz en el muslo derecho, lo cual no impidió al *Espartero* armarse otra vez para vengar la herida.

Pero en aquel instante cabeceó fuertemente la res, y una banderilla que adornaba el morrillo del toro se desprendió con gran violencia, trazó en el aire una curva airoísima y cayó sobre la sién derecha del *Espartero*, donde quedó clavada como poste telegráfico.

El hombre se declaró vencido: se echó una mano al muslo y la otra mano á la cabeza, y marchóse á la enfermería, actuando de unicornio.

Otra vez, en Tarragona, allá va otra cornada monumental á la parte interna del muslo izquierdo, entre las dos vías.

Si nos la sueltan á ustedes ó á mí, nos hubieran nacido á estas fechas malvas ó helechos en el vientre; quiero decir que no lo hubiéramos contado.

A los nueve días ya estaba *El Espartero* en Calatayud, donde, por haber caído *Guerrita* herido, se cargó, como un caballero, catorce toros en tres corridas.

Parece ser que ahora se ha cortado la coleta, no para retirarse de las cornadas, sino porque le estorba como adorno capilográfico.

—Pa arrimarse no jase farta coleta—diz que dice Manuel.
¡Ya lo creo! Entre ofrecer á los toros un zarpado de pelo ó una *convidad* de carne hay un abismo. ¡Así dejan ellos la pomada y se van á las chuletas!

Total: que *El Espartero* ha llegado á la cúspide de la fama convirtiéndose, como *Frascuolo*, en un observatorio meteorológico con pañero y pantalones.

Ellos anuncian los ciclones, el tiempo revuelto y la lluvia menuda con más precisión que las oficinas astronómicas del *New York Herald*.

¿Se quiere una prueba? Tengo en San Sebastián un amigo que

delira por la pesca de altura y se pasa los días en la mar boniteando y cogiendo besugos.

Frascuolo lo sabe, y en cuanto le pega un achuchón cierta herida situada en las cercanías del coxis, obra maestra de un toro de Anastasio Martín, ya me está avisando.

—Telegráfíe usted á su amigo que no salga mañana.
Lo hago así, el amigo no sale, y al día siguiente se desploma sobre el Cantábrico un vendaval horroroso.

Salvador y yo llamamos á esa herida «la sirena.» ¡Palabra de honor que es verdad!...

Tan verdad como que hay que modificar por completo la definición del arte taurino, acercándolo á los apotegmas de la escuela naturalista.

Zola dice que el arte es un rincón de la naturaleza visto á través de un temperamento.

Propongo para el arte de Pepe Illo, Montes, *Frascuolo* y *El Espartero* la siguiente definición:

El arte de torear es la naturaleza del pueblo español vista á través de las cornadas.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

UN TENORIO DE BASTIDORES

Pepito Rivera,
marqués del Romillo,
que es todo un *Tenorio*
muy largo y muy pillo,
refiere en *La Peña*
sin fin de conquistas,
¡y siempre lo pagan
los pobres coristas!
Presume de tuno,
de rico, de guapo
y á todas las pone
lo mismo que un trapo,
pues no hay una sola,
según asegura,
que no se enamore
sigue su figura.

Anoche fué al CIRCO
por ver á la Rosa,
que es una muchacha
bastante graciosa;
pasó al escenario
como un caballero,
pues no le detiene
jamás el portero,
y habló con la Rosa
brindándole amores,
diciendo bobadas
y echándole flores...

Mas ¡oh, qué desgracia!
Llegó un tramoyista
que está en relaciones
con esta corista,
y al pobre inocente
marqués del Romillo
le dió en la cabeza
tirando un forillo;
y en tanto Rivera
salió avergonzado,
diciendo entre dientes:
—¿Me habré equivocado?

De allí se fué á ESLAVA
buscando á la Emilia,
que es una muchacha
de buena familia,
y al ir por la calle
pensaba Rivera,
creyéndose un pillo
de los de primera:

—¡Lo que es esta chica
ya no se me escapal!
Si es guapa la Rosa,
también ésta es guapa,
y hoy mismo se rinde
con un aderezo
que he visto en la calle
de Jacometrezo.

Llegó muy alegre,
subió al escenario...
¡y estaba la Emilia
con el empresario!

El cual, procurando
que no le estorbasen,
llamando á un portero,
mandó que lo echasen.

Después de este lance
se fué á la ZARZUELA,
que allí, según dicen,
está la Manuela.

Entró como siempre
con mucho cinismo,
le habló de regalos...
y nada, ¡lo mismo!

Y aún sigue en *La Peña*
contando conquistas,
¡y siempre lo pagan
los pobres coristas!

FIACRO YRÁYZOZ.

LO QUE YO HABLO SOLO

Puso las manitas
sobre las almohadas,
y después, sobre ellas
apoyó la cara;
y con voz tan débil
que apenas sonaba,
me dijo, ¡mirándome
con una mirada!...
«¡Me tiemblan los ojos,
papá de mi alma!»
¡Y después... el pobre
ya no dijo nada!
.....
.....
Los ojos abiertos,
las negras pestañas,
todo inmóvil... todo
como las estatuas.
¡No sintió ya, el pobre,
que se los cerraba!

A la gloria dicen
que se van los niños.
¡Qué gloria más gloria
que tenerlos vivos!
¡Qué hermoso que era!

¡Qué alegre vivía!
Ninguno pensaba
que se moriría...
¡Cuánto hemos jugado!
¡Cuánto hemos reído!...
¡Aún se me figura
que no se me ha ido!...
Cuando entro en el cuarto
en donde él jugaba,
allí está la silla
donde se sentaba.
Detrás de la puerta
miro distraído,
pensando si acaso
aún está escondido;
y voy al colegio
siempre á mediodía,
para ver si sale
como antes salía...
¡Qué casa tan sola!
¡Qué mesa tan triste!
Hasta el pajarito
no quiere el alpiste.
¡Y aún me dice el cura
que así convendría!
Si Dios se los lleva...

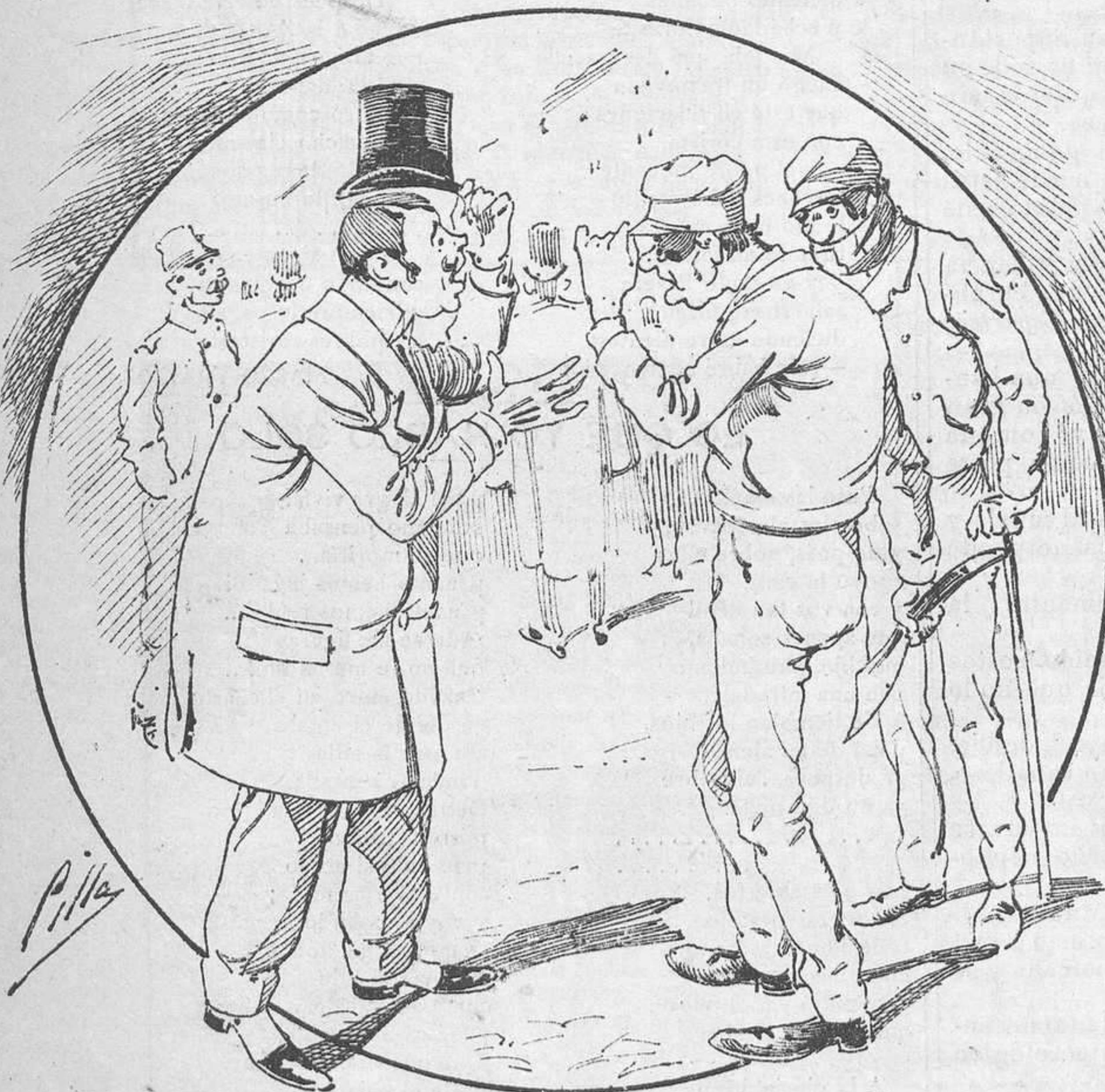
LOS ATRACOS



—Diga usted, guardia, ¿usted sabe por una casualidad dónde trabajan hoy los atracadores? Porque llevo dinero encima pa unos encargillos...



—¡Ahí viene uno!

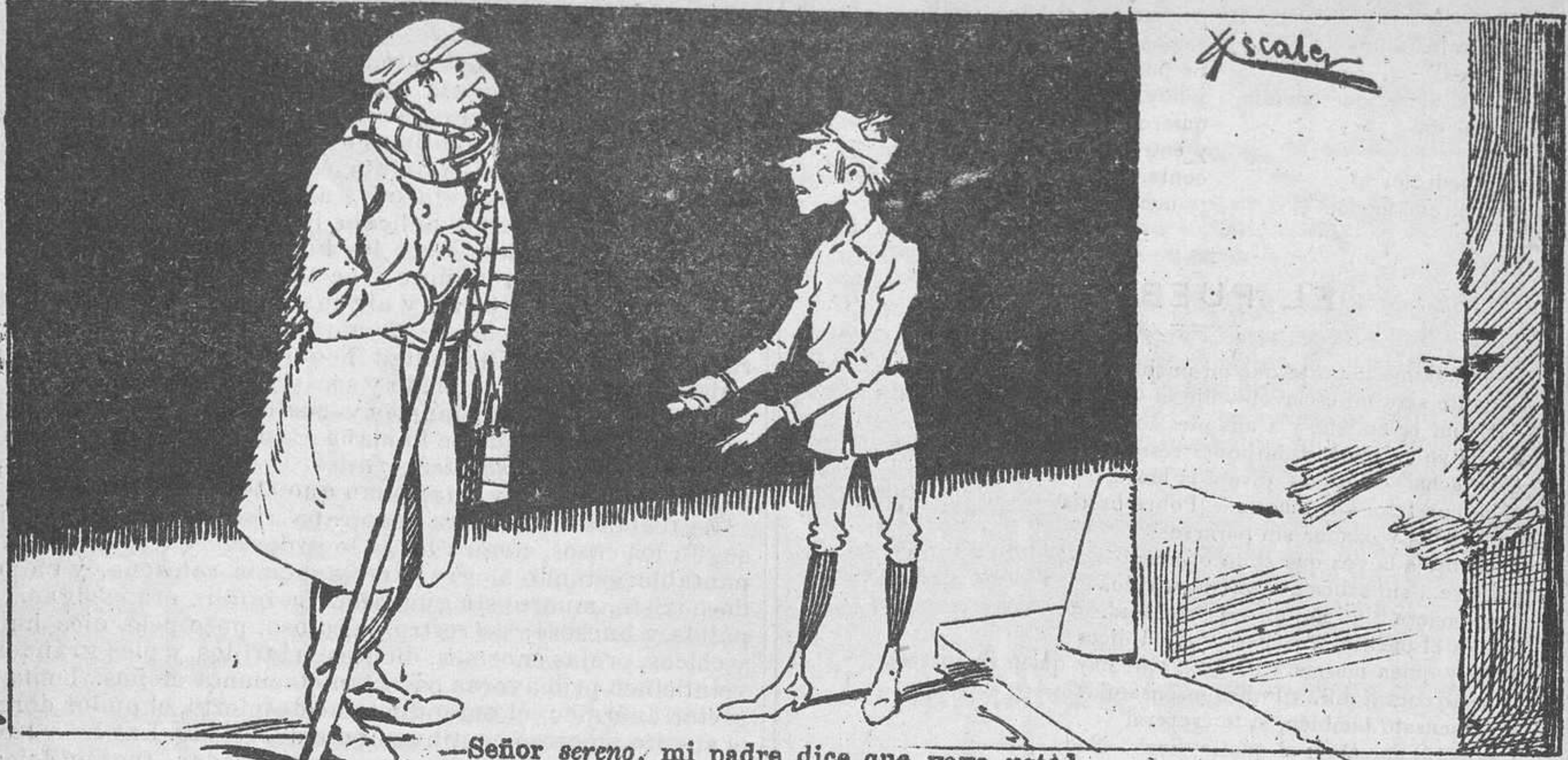


—Pa servir á usted, cabayero; nos ha tocao á éste y á mí de guardia esta noche, y...
—¡Caramba! ¿Por qué se han molestado ustedes? Yo hubiera ido con mucho gusto á su casa á que me robaran ustedes.

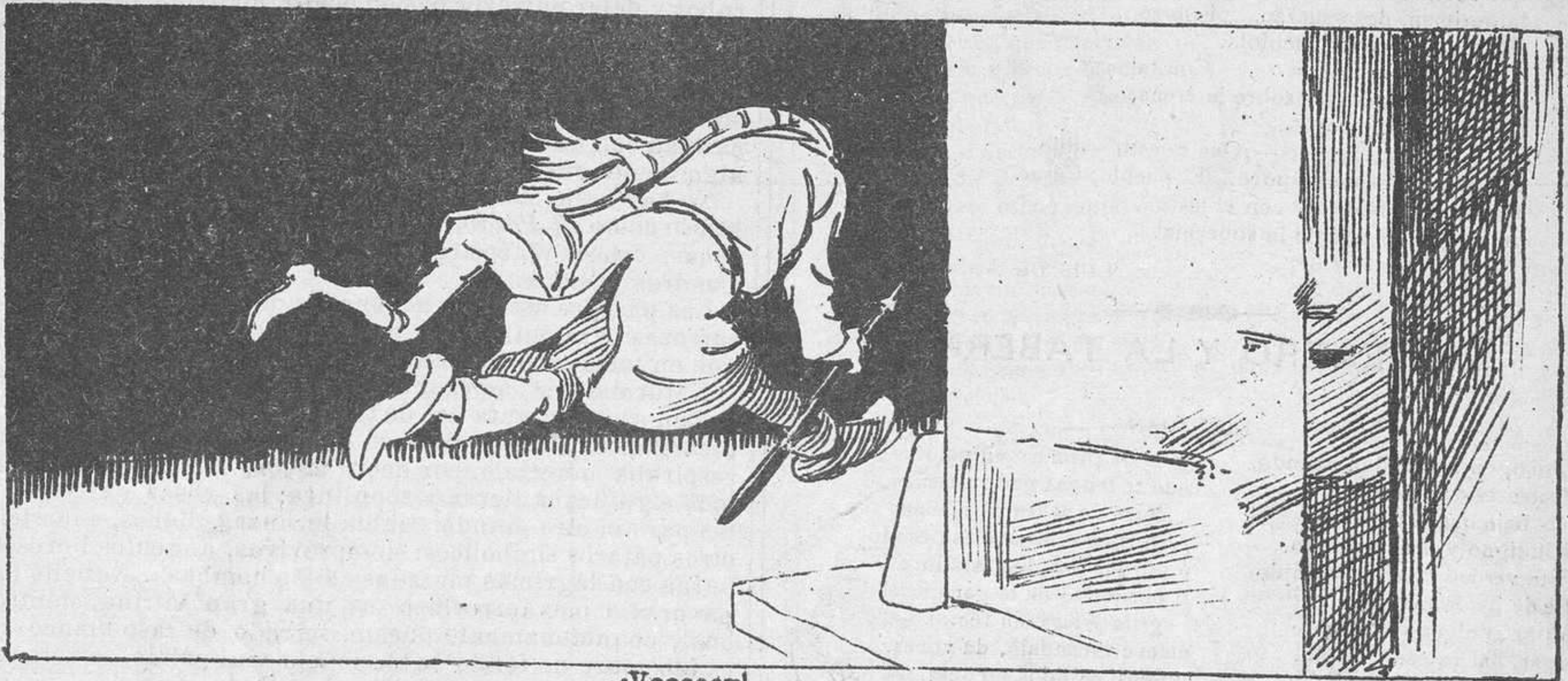


—Toda la prensa viene quejándose de los atracos. ¡Y yo me atracaría de tan buena gana!

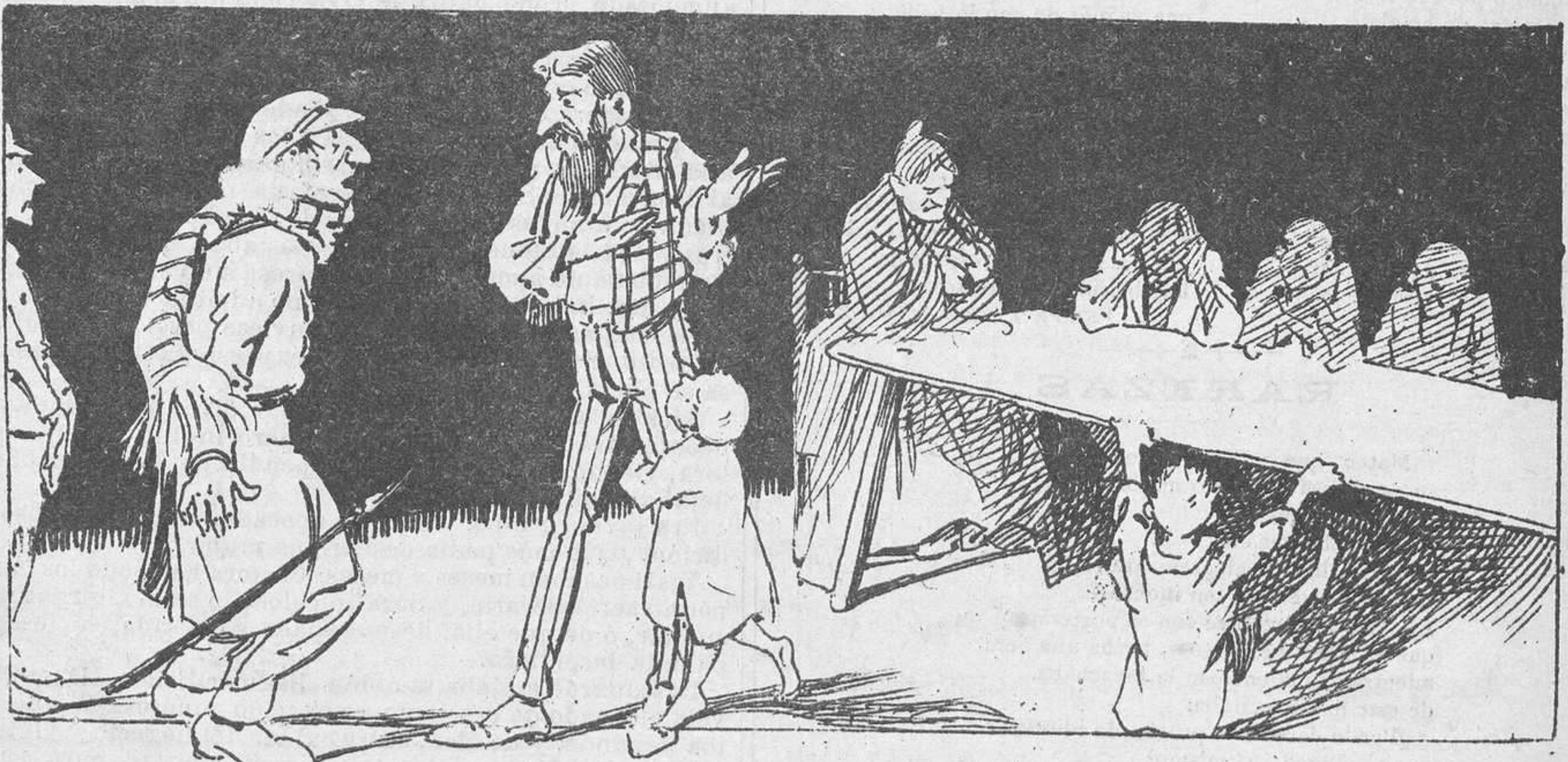
ISOCORRO!



—Señor sereno, mi padre dice que vaya usted, que en casa hay una necesidad.



—¡Voocoooy!...



—Pues sí, señor; tenemos una necesidad. ¿Puede usted facilitarnos cuatro duros para pasar la Noche Buena?

¿á qué los envía?
 Cuando oigo á los niños
 que dicen ¡papá!
 en el fondo del alma, ¡qué envidia,
 qué envidia me da!

—
 A Dios le pedí por él
 desde el día en que nació,

porque por el hijo aquel,
 vamos, deliraba yo.
 Se puso malo y murió;
 y hoy, cuando, harto de llorar,
 quiero la calma buscar
 y entro afanoso en el templo,
 contemplo á Dios... le contemplo...
 ¡y me salgo sin rezar!

CONSTANTINO GIL.

EL PUEBLO

—Nada me importa que mi pueblo sufra.
 ¡Siempre será mi esclavo!—dijo el César.
 —¡En mí ve un jefe, y á mis pies se postra!
 ¡En mí ve un Dios, y mi poder respeta!...
 ¡A la lucha!—le digo—y va á la lucha...
 ¡A la muerte!... á la muerte... ¡Pobre bestia
 que camina y camina sin pararse
 obediente á la voz que se lo ordena,
 que vive... sin saber por qué ha vivido...
 y que muere á mi antojo sin protesta...
 ¡Ese es el pueblo!... ¿sabes?... ¡Y tú dices
 que hay quien murmura en él?... ¿que hay quien se apresta
 á luchar contra mí?... ¡Pobre insensato!...
 ¡Yo insensato también, si te creyera!
 ¡Y eres tú, un sabio, el que lo dice!... Nada...
 Por esta vez se equivocó tu ciencia...
 ¡Que el pueblo osa á su Dios!... ¡Pues mientes! ¡Mira
 lo que es el pueblo para mí... Esta tierra
 que sostiene mi cuerpo, aunque mis plantas
 la oprimen, desmenuzan... pisotean...
 ¡Este polvo es mi pueblo!...

Con tal furia
 golpeó con sus pies sobre la arena,
 que el polvo le cegó...

—¿Qué es esto?—dijo.
 —Lo que pisaste ha poco... El pueblo, César.
 Humilde y obediente con el justo...
 pero ¡ay si le levanta la soberbia!

LUIS DE ANSORENA.

EL TEATRO Y LA TABERNA

DON JUAN

Chico, en tu opinión abundo.
 El teatro está al nivel
 ó más bajo que el burdel
 más indigno y más inmundo.
 Esta verdad como un templo
 nadie de fijo la niega,
 mas por si alguno la llega
 á negar, ahí va ese ejemplo.
 Vé á la taberna inmediata
 y allí, porque el vino estén
 aguando ó porque te den
 dos pesetas de hojalata,
 da golpes con el bastón,
 formula á gritos tu queja,
 y te coge la pareja
 y vas á la prevención.
 Te reclama el tabernero
 los daños y perjuicios,
 tienes dos ó tres juicios
 y al fin te cuesta el dinero.
 Por supuesto, sin contar
 con que sea un hombre malo

y te dé primero un palo
 que te tengas que rascar.
 Pues ve al teatro mañana
 y, porque el drama es pesado
 ó porque vas disgustado
 ó porque te da la gana,
 grita y jura sin temor,
 mueve escándalo, da voces,
 golpes, aullidos y coces,
 insulta al mísero autor.
 Si te gusta ladrar, ladra,
 que ya más de uno lo hace,
 y silba, si eso te place,
 lo mismo que en una cuadra.
 Si el autor es tu enemigo,
 atácale con denuedo,
 y ¡nada! no tengas miedo
 de que se metan contigo.
 Así lo hacen más de cuatro
 y ni aun hay quien de ellos hable.
 ¡Ya ves si es más respetable
 la taberna que el teatro!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

RAREZAS

Mateo, que es Tenorio impenitente,
 se escribía á sí mismo una cartita
 donde diariamente
 se otorgaba una cita,
 y pasaba la vida alegremente
 con esta diversión tan inocente.
 Anoche me encontré con su portera,
 que el lance me contó y, hecha una fiera,
 mientras yo silencioso la escuchaba,
 de este modo gritaba:
 —¿Puede darse más prueba de idiotismo
 que el citarse á sí mismo?
 ¿Hay mayor tontería?
 Y yo le contesté:—Pues ya lo creo:
 aún hay otro más tonto que Mateo.
 —¿Más tonto que Mateo, todavía?
 —Otro que se citaba ¡y que acudía!

FERNANDO MANZANO.

TODOS DICHOSOS

D. Eduardo era cincuentón, viudo y comerciante. En su juventud se divirtió cuanto pudo; pero los años hicieron en él poca mella. De la viudez se consoló pronto; su dolor fué agudo y breve, como el que sentimos al darnos un trazo en un codo. Para los negocios era la quinta esencia de lo cuco; nadie trató con él sin dejarle algo entre las uñas.

Y no sólo al comercio aplicaba la cuquería, sino á todas las cosas de la vida, siendo con los hombres enredador y astuto, y con las mujeres tan mañero y hasta largo de manos que siempre se salía con la suya, y algunas veces también con la del prójimo. Tenía mucho de comerciante y otro tanto de mujeriego. Era mitad judío, mitad Tenorio: mercader de día, conquistador de noche, taimado y socarrón á todas horas.

Aparte estas circunstancias y cualidades, tenía D. Eduardo una hija muy fea que se llamaba Castora, y un almacén muy lujoso de efectos y servicios fúnebres titulado *El Pésame*, y un dependiente joven y guapísimo que atendía por Serafín.

La fealdad de Castora inspiraba risa ó daba miedo, siendo, según los casos, cómica hasta lo grotesco, y trágica hasta lo espantable: estando alegre parecía momia retozona, y en poniéndose triste, muerte sin guadaña. La infeliz era espigada, flaca, pálida y huesosa; de rostro anguloso, poco pelo, ojos hundidos y chicos, orejas enormes, dientes amarillos y pies grandes. Sus veinticinco primaveras parecían cincuenta otoños. Tenía el carácter enérgico, el entendimiento despierto, el pudor dormido y el apetito amoroso continuamente desvelado. Las feas le daban gozo, las guapas envidia; las acompañadas, fuesen como fuesen, rabia. En cambio, todos los hombres poseían algún atractivo para ella: les amaba como el jugador á la baraja, diciéndose que en alguna carta está la suerte. A ponerse melosa, fingir rubor y dejar entrever pasión oculta no había quien la ganase; pero todo era inútil: jamás recibió mirada tierna, ni oyó galantería, ni saboreó requiebro. Sin embargo, tenía fe porque su padre era rico; tenía esperanza porque, como dice el refrán, la suerte de la fea la bonita la desea; y estaba dispuesta á tener caridad con quien primero le pidiese limosna de cariño ó de algo menos puro.

No había en Madrid ningún almacén de cosas fúnebres tan lujoso como *El Pésame*. La tienda estaba llena de lápidas, coronas, cruces y féretros de lo mejor que se fabrica en París, Londres y Viena.

Las paredes estaban adornadas de cuadros con modelos de carrozas para entierros y figurines con trajes para los lacayos que en tales casos llevan los caballos del diestro.

Naturalmente, á pesar de la riqueza y buen gusto desplegados en escoger tanta flor de trapo bien imitada y tantos adornos recargados de oro y plata, el lugar era insoportable. Todo allí respiraba muerte ó, por decir mejor, miedo á perder la vida; todo significaba tierra y sepultura; las cosas parecían dar citas para el otro mundo. Había lechuzas, buhos, murciélagos y otros pájaros simbólicos; siempre vivas, angelitos llorosos, lámparas con lágrimas pintadas en las bombas... Aquello infundía pavor. Lo más terrorífico era una gran vitrina, dentro de la cual, coquetonamente puesto, forrado de raso blanco y destacando sobre un fondo de terciopelo azul pálido, se veía un magnífico ataúd que estaba diciendo: «Ocupadme.»

Rodeado de tan horribles objetos, mal retribuido y no bien alimentado, ¿cómo había de vivir contento el mísero dependiente? Y menos mal cuando le dejaban solo porque D. Eduardo se iba de picos pardos y Castora permanecía encerrada en su cuarto; lo grave era que la chica, cansada de monologear en su eterna espera de los galanes soñados, solía bajar á la tienda, y con pretexto de poner etiquetas á las coronas ó quitar el polvo á las flores, se pasaba las horas muertas devorando con los ojos al desgraciado Serafín, que prefería mil veces su soledad poblada de ataúdes á las miradas de la señorita; porque los féretros y demás utensilios fúnebres estaban quietos, mudos y resignados á no apoderarse de su presa sino en día incierto y lejano; mas la impaciente Castora no admitía espera, mostrándose locuaz, apasionada, cual si estuviese poseída de hormiguillo amoroso. Y cuanto más tierna y expresiva estaba, más horrorosa se ponía.

Serafín la esquivaba haciéndose el distraído, simulando quehaceres, trabajos y ocupaciones, pero inútilmente, porque Castora, viendo en él la cifra y compendio de lo apetecible, no le dejaba á sol ni á sombra.

Era joven, guapo, vigoroso, apocado, sumiso y manso de condición. ¿Qué más podía desear una mujer?

Y así pasaban meses y meses: Castora haciendo los imposibles por atraer á Serafín, y Serafín colocado en la alternativa de sucumbir, ó de que ella, desengañada y cansada, hiciese que su papá le despidiera.

D. Eduardo andaba también disgustadísimo. De una parte veía el estado de creciente exaltación amorosa á que Castora iba llegando, y de otra, entre cuidar del negocio y vigilar á su hija, casi no le quedaban tiempo ni libertad para sus aventuras.

Lo primero era indecoroso: lo segundo insufrible. Urgía idear remedio, un remedio pronto y decisivo, procurando que no padeciese el honor de la niña y contando con el apocamiento del dependiente.

Pero ¿qué procedimiento seguir? ¿Hablar ante Serafin de lo que pensaba dar á Castora el día que se casara? No: Serafin era tan delicado como tímido, y cuanto más dinero hubiese de por medio, á menos se atrevería. ¿Aconsejar á Castora que gastara en componerse y emperjilarse para trastornarle el seso con la idea de tener mujer vistosa y elegante? ¡Imposible! El chico no era vanidoso, y respecto de Castora, cuanto más se adornase, más fea estaría. ¿Asociar á Serafin al negocio dándole participación en las ganancias y dejándole entrever la posibilidad de quedarse, á la larga, de amo? Tampoco, porque viendo risueño lo porvenir, no se resignaría á compartirlo con Castora.

Todo cálculo resultaba inútil, toda cavilación estéril.

Llegaron en esto los últimos días del año, el año en que Castora había cumplido los veintiséis, y fué preciso hacer el inventario de las existencias almacenadas, operación de que estaban encargados el dependiente y la señorita.

.....
Era domingo al anochecer, hacía muchísimo frío y comenzaba á nevar. La guarda de la tienda había quedado encomendada á uno de los corredores que en época normal iba de casa en casa, de botica en botica, olfateando entierro.

Castora y Serafin habían pasado el día en el entresuelo, donde se guardaban los géneros: ella sacando cintas, coronas y flores, y él tomando apuntes, sin cesar de sufrir miradas incendiarias y frases de doble sentido.

Decía Castora:

—Catorce docenas de rosas encarnadas...—(Y por lo bajo añadía:)—Es la flor que simboliza las pasiones ardientes.

Serafin apuntaba en silencio.

—Setenta docenas de rosas blancas... inocencia... Lo que peor empleamos las pobres mujeres.

Al cabo de un rato:

—Lilas... ¡Jesús y cuántos... digo, cuántas hay!

Serafin se ponía como la grana, y la pluma seguía crujiendo sobre el papel.

Así estaban desde las ocho de la mañana, en una habitación de cuatro metros en cuadro, baja de techo y rodeada de armarios y anaqueleros al través de cuyos cristales no se veían más que ataúdes y coronas de siempre vivas amarillas.

Cuando comenzó á faltar la luz dijo ella:

—No se puede encender el gas porque no han venido á componer la cañería; y habiendo aquí tanta flor de trapo, sería peligroso traer velas. Conque dejémoslo todo así hasta mañana.

Se habían quedado casi á oscuras y estaban rendidos. Castora, que todo el día anduvo de mueble en mueble y de cajón en cajón, se sentó en una silla baja junto al balcón. Serafin, harto de estar sentado, se puso en pie y se acercó también al balcón para ver si continuaba nevando.

—¡Qué copos tan grandes!—dijo ella.—No puede usted salir ahora. Estése usted un ratito. ¿Tiene usted miedo?

Poco menos era lo que él experimentaba, porque el rostro de Castora y la proximidad de los ataúdes despertaban ideas horribles.

Al cabo de un rato la señorita se levantó, quedándose junto á la vidriera, muy pegada al dependiente. Tan cerca de él se puso, con pretexto de ver caer la nevada, que Serafin sintió, no el roce rápido de su cuerpo al incorporarse, sino cierta impresión de peso y de ardor que le hizo pensar: «¡Si no fuera tan fea!... Verdad es que si no lo fuese... no haría esto... Lo haría yo.»

Sin embargo, no se apartó porque, como estaban casi á oscuras, á Castora no se le veía la cara, y de noche todos los gatos son pardos.

El frío arreciaba por instantes. Todo el calor del mundo parecía refugiado en aquel cuerpo de mujer. La nieve seguía cayendo y Castora seguía acercándose más y más á Serafin, que unos ratos miraba estúpidamente hacia la calle, viendo cómo revoloteaban los copos en torno de los faroles, y otras veces se entretenía en echar al vidrio bocanadas de vaho, haciendo luego dibujos con el dedo. Se le fueron quedando las manos frías, el rostro helado, y entonces naturalmente sintió más vivo, más intenso el calor que le comunicaba el cuerpo de la señorita.

Hubo un momento solemne. Castora soñó despierta con la realización de su ventura. Serafin, sin poderlo evitar, pensó: «¡Las hay que son muy feas de cara y, sin embargo, están muy bien formadas!»

Si en tal instante, solos, cercados de lobreguez y silencio como estaban, no hubiese temido verla luego con luz y cara á cara... Dios sabe lo que habría pasado. Poco faltó para que Serafin cometiese una de esas ligerezas que ni siquiera disculpan la oscuridad y la juventud.

Y sin embargo, al pobre muchacho le salió la misma cuenta, porque lo que allí sucedió fué trágico.

No se oía el menor ruido; las flores de trapo exhalaban su olor fabril á engrudo y goma; las calaveras, las tibias y las lechuzas simbólicas doradas y esculpidas sobre las tapas de los ataúdes lanzaban débiles reflejos; no había más claridad que la que entraba por la vidriera, en cuyo plano luminoso se recortaban los bultos negros de dos cuerpos...

De repente se abrió la puerta del cuarto, sonó una risa y se escuchó la voz de D. Eduardo que entre severo y cariñoso decía:

—¡Hola, hola!... ¡Tortolitos! ¿Conque os queréis y me lo ocultáis? ¡La hija de mi corazón y el hombre de toda mi confianza tenían secretos para mí! ¡Tontos! ¿Qué deseo yo sino vuestra felicidad?

Castora vió el cielo abierto. Sólo un padre era capaz de aquello.

A Serafin se le quitó de pronto el calorillo que sentía. Don Eduardo continuó:

—Lo único que me parece mal es que me lo hayáis ocultado... y que andéis metiéndoo por los rincones. En fin, Dios os haga dichosos.

Serafin quiso protestar:

—Yo... le aseguro á usted... no tenía la menor...

Pero D. Eduardo le atajó la intención y la palabra, oprimiéndole fuertemente el brazo como quien dice: «Usted se casa, ó le rompo el alma,» al mismo tiempo que añadía:

—Nada, nada, comprendo tu impaciencia, pero respeta su decoro... tiempo os queda. Mañana mismo se comenzarán á arreglar las cosas, los papeles... Abrázale, Castora... Serafin... ¡hijo mío!

Se casaron. D. Eduardo es libre. Castora es dichosa, muy dichosa. Ignora que en cierto teatrillo por horas hay una segunda tiple, Venus en el cuerpo, gata en la voz, que casi todas las noches ve caer á sus pies una magnífica corona.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

ROMANZA, DÚO Y TERCETO

(De una zarzuela que he escrito titulada *El amuleto* ó *La purga de Benito*.)

ROMANZA

Ella. ¡Dios mío de mi vida,
qué desdichada soy!
¡Qué triste, qué aburrida
y qué sin gracia estoy!
¡Por qué mujer nací?
¡Ay de mí!
Mas si nací mujer,
¡qué he de hacer!
¡Mi suerte echada está!
Yo siento
¡qué tormento!
que mi razón se va.
¡No puedo ser ingrata!
¡La angustia que me mata
conmigo acabará!
¡Ja! ¡ja! ¡ja!
¡Ja! ¡ja! ¡ja!
(Después de una fermatta
se sienta en el sofá.)

¡Benito es mi vida,
mi afán, mi ilusión!
Benito es un chico
muy guapo, muy rico,
y tiene una tía
que vive en Gandía

con un fortunón.
La pobre es muy vieja;
le tiene por hijo:
si muere, le deja,
de fijo, de fijo,
con una rentita
saneada, limpita,
de medio millón.

¡Ay, qué emoción!
¡Qué cosas tan horribles
me dicta el corazón!

Mas siento pasos.
¡Benito es!
¡Es él, no hay duda!
¡No hay duda, es él!

¡Cuánto lucho!
¡Qué mareo!
¡Le amo mucho,
mucho, sí!
¡Le deseo!
¡Ya le escucho!
¡Ya le veo!
¡Ya está aquí!

DÚO

ELLA Y EL

El. ¡Mi amor!

Ella. ¡Mi luz!

El. ¡Mi edén!

¿Qué tal?

Ella. Así, tal cual.

¡Estoy bastante bien!

El. Pues yo me encuentro mal.

Ella. ¿Qué tienes, bien querido?

El. ¡Que soy muy desgraciado!

¡Mi tía ha fallecido!

Ella. ¡Dios la haya perdonado!

El. Según los telegramas

Ella. Mi amor, que es mi vida, inmenso, profundo

del pecho brotó.

No hay otra, no hay otra, no hay otra

en el mundo

que te ame cual yo.

Mi padre se opone al bien que yo ansío.

¿Por qué se opondrá?

¡Qué bruto! ¡qué bruto! ¡qué bruto!

¡Dios mío!

¡qué bruto es papá!

—

El. Tu amor, que es mi vida, inmenso, profundo

del pecho brotó.

¡Y yo lo dudaba! No hay otro, no hay otro

más tonto que yo.

Tu padre su opone al bien que yo ansío.

¿Por qué se opondrá?

¡Que venga, que venga, que venga ese tío!

¡Que venga el papá!

que recibí,
¡me nombra su heredero!
¡Triste de mí!

Ella. ¿Triste, por qué?
¡Si yo de todos modos
tuya seré!

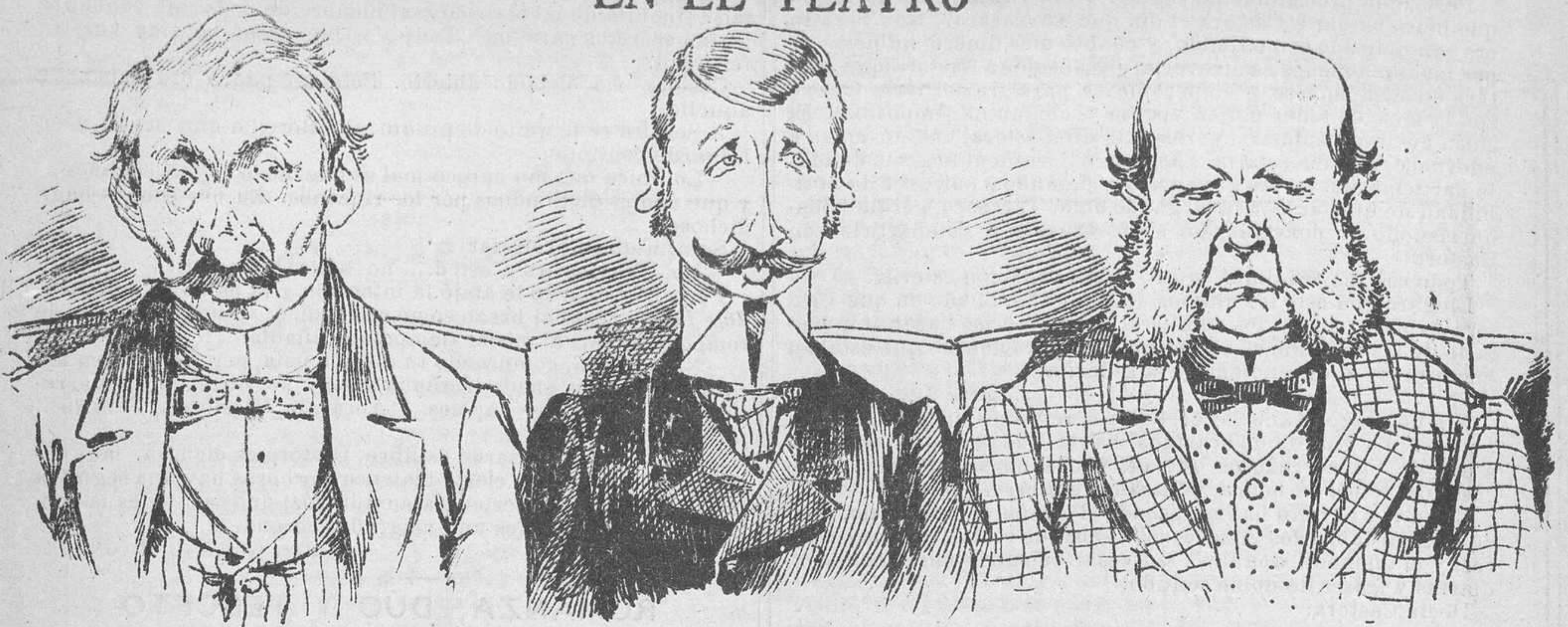
El. ¿De veras? ¡Oh!

¿Me quieres siendo rico?

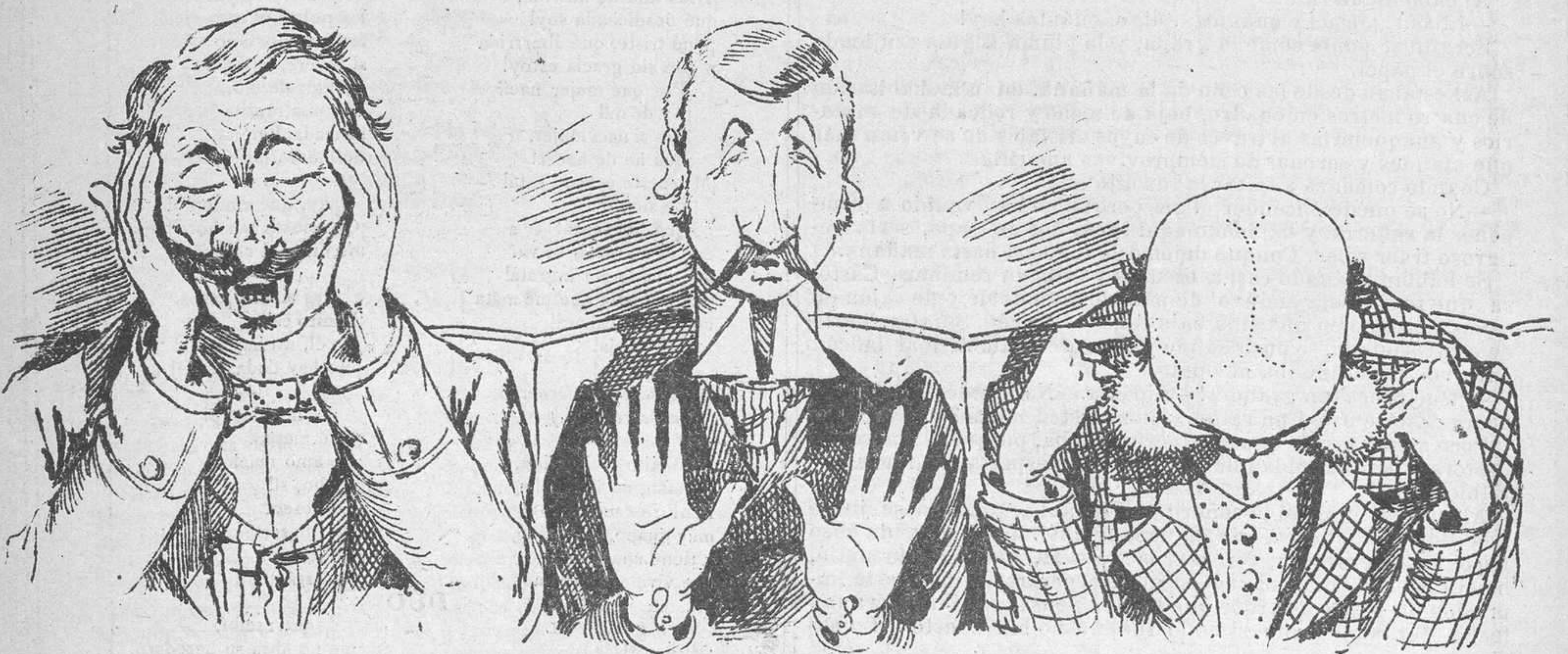
Ella. ¿Y por qué no?

(Se cogen de las manos,
se dan un paseito
y cantan lo que sigue
bajito, muy bajito.)

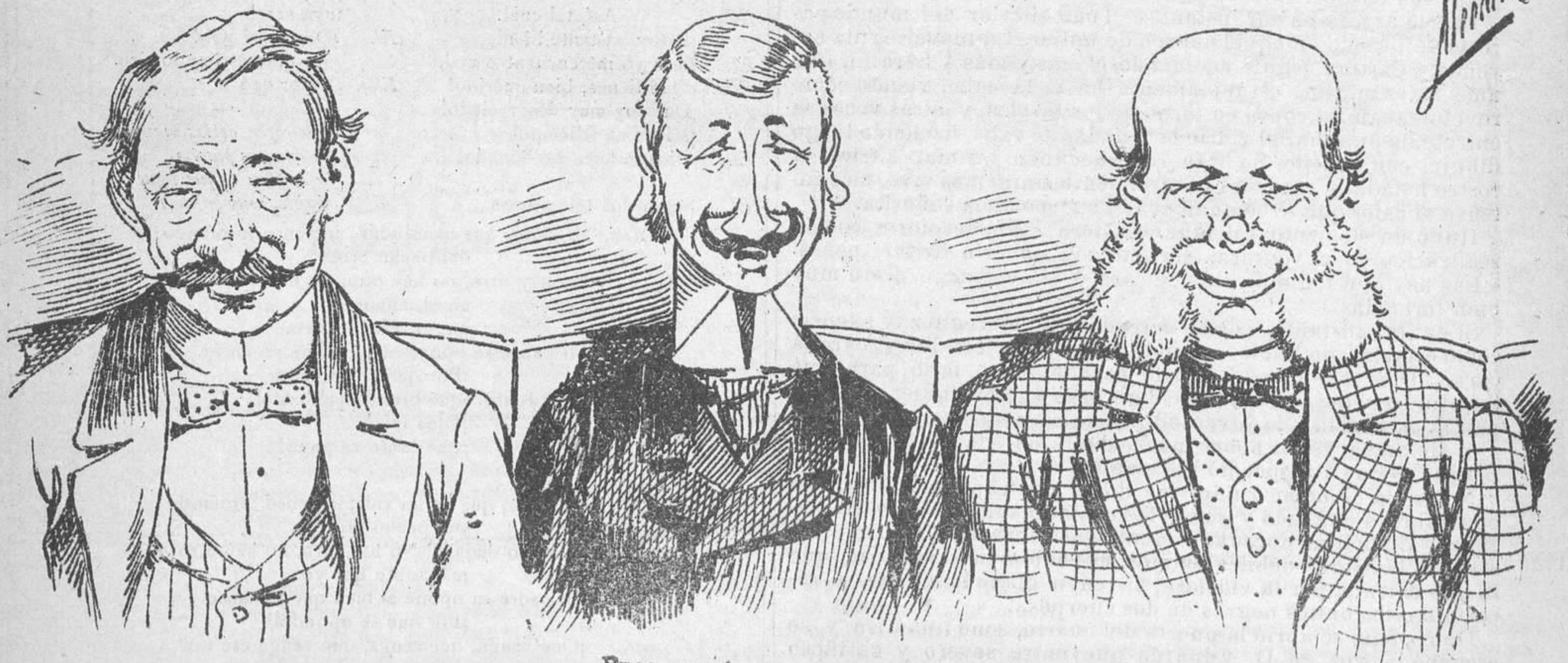
EN EL TEATRO



¡El marido sorprende al amante!



¡Van á tirar un tiro!



Pues... ¡no ha sonado!

Alencakis

UNA DESGRACIADA



—De modo que mientras tu marido se pasa la
noche en la taberna, tú...
—¡Qué quieres! Una no tiene otro remedio.
—Pues yo que tú no le cosía la ropa.
—Si estas camisas no son de él.
—¿No?
—Son del otro.

(Se abre la puerta que está
á la derecha del foro,
y con la intención de un toro
entra en la escena el papá.)

TERCETO

Dichos y el PAPÁ.

Papá. ¡Aquí los dos!
Ella y El. ¡Gran Dios!
Papá. ¡Os juro por mi fe
que os mataré á los dos!
Los dos. ¡Pues mátenos usté!
Papá. ¡Los dos aquí juntos! ¡Ya llega á mi oído
de horrible deshonra fatídico el eco!
¡Mis timbres manchados! ¡Mi nombre perdido!
¡No sabes, infame, que te he prohibido
que tengas amores con ese muñeco?
¡Tu padre me insulta!
El. ¡Por Dios, padre amado!
Ella. ¡Estás deshonrada?
Papá. ¡Tu mente delira!
Ella. ¡Benito es un chico muy bien educado!
Papá. ¡Ni un beso siquiera, ni un beso me ha dado!
Ella. ¡De veras?
Papá. ¡De veras!
Papá. ¡Parece mentira!
El. Mi amor es sano y puro,
no amor liviano,
y pues ella me quiere,
pido su mano.
Papá. ¿Que su mano me pide?
El. ¡Solemnemente!
Papá. Pero usted ¿con qué cuenta? Ella.
El. Con lo siguiente.
Ya se murió mi tía,
aquella que en Gandía
tenía un fortunón. El.
Me nombra su heredero
y pongo mi dinero
á su disposición.
Papá. Pues se murió su tía,
y yo no lo sabía,
le pido á usted perdón.
El. Yo soy muy caballero
y acepto ese dinero
con gran satisfacción.
¡Perdón!
¡Perdón!

Recibid, hijos míos,
mi santa bendición.
No el vil interés
me dicta esta acción,
que sólo hija es
de mi educación.
No el vil interés
le dicta esa acción.
Benito, ya ves
su buen corazón.
(Quizá el interés
no dicte su acción;
pero este hombre es
un gran tunantón.)
Papá. ¡Perdón!
Ella. ¡Perdón!
El. ¡Perdón!
Los tres. ¡Perdón!
(Se abrazan los tres
y baja el telón.)

VITAL AZA.

EL TIEMPO

Al volver de cada esquina
pienso que la he de encontrar,
y de pensarlo tan sólo
ansias de muerte me dan.
Al no encontrarla á mi paso
siento tristeza mortal...
y entre el revuelto oleaje
de la animada ciudad,
voy siguiendo la corriente
y caminando al azar,
como el errante viajero
perdido en la soledad...

Yo bien sé que con el tiempo
mis ansias se calmarán;
que podré alcanzar un día
la vaga tranquilidad
que se asienta melancólica
sobre atenuado pesar...
y que este dolor agudo,
este recuerdo tenaz
y esta inquietud absorbente
pálidas sombras serán,
como pálidos reflejos
de lejana tempestad...

En tanto llegan los días
de esa relativa paz,
y mientras vive el presente
con su milicia infernal
de dudas, de sobresaltos
y de un inútil luchar
con duras noches de insomnio,
interminables, que van
por la puerta del suicidio
llamando á la eternidad,
dice el alma en sus dolores,
como dice aquel cantar:
«¡Qué largas las horas son
en el reloj del afán!...»
De tus inicuas traiciones
el tiempo me ha de vengar;

que todo en el tiempo muere
por ley suprema y fatal.
Con el tiempo, esa hermosura
que hoy *esgrimes* sin piedad
(como espada de dos filos
que á ti te hiere á la par)
irá perdiendo su encanto,
su ambiente primaveral
y su deslumbrante brillo
y su forma, hasta llegar,
por lógica gradación,
á convertirse en fealdad.
que en tí ha de ser repulsiva,
porque en tí no ha de quedar
la belleza del espíritu,
que no tuviste jamás.

La vejez es respetable
si á ella se sabe llegar
con el pensamiento puro
y en alas de lo ideal;
si se ha cumplido el deber
y se ha creado un hogar,
y si del recio combate,
de esa batalla tenaz
de las pasiones, se logra
salir con tranquilidad,
sin odio en el corazón
y sin sombras en la faz.
En ese caso las canas,
las arrugas, la fealdad...
son venerables y aun bellas;
vienen á representar
la puesta de sol, el término
justo de un pacto leal:
haber cruzado este mundo,
centro de toda maldad,
sacando limpias las alas
para poder arribar,
después de tan dura prueba,
al soñado «más allá.»

Tú no estás en ese caso,
tú no puedes aspirar
á esa vejez respetable.
Para tí la ancianidad
será quiebra del oficio,
desperfecto material
y liquidación forzosa
de las artes de engañar.
Pensando en tu porvenir,

se va enfriando el volcán
de mis agravios, y pienso,
con tristeza, en la crueldad
de aquel, á modo de máxima,
consejo que un sabio da:
«Si mucho te han agraviado,
no te pretendas vengar.
¡Calma! Siéntate y espera,
que el tiempo te vengará.»

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

APUNTES PARA LA HISTORIA

Existe en nuestra bienaventurada España un pueblo, muy lindo por cierto, nombrado La Calzada de Oropesa, que, con arreglo á la caprichosa división territorial llevada á cabo por quien seguramente conocía este país como yo conozco el desierto de Sahara, pertenece á la provincia de Toledo; aunque bien sabe Dios y sabe cualquier *verato* (1) de por esas comarcas feracísimas que todo aquello es Extremadura, de la cruz á la fecha, y más arriba y más abajo; como dijo, en ocasión solemne, un clérigo muy liberal, que luego dejó de ser liberal y después volvió á serlo, y en seguida se hizo protestante para casarse, y andando los tiempos se hizo católico para descasarse, y, por último, se murió, que era lo único que no había hecho en toda su vida, y luego... luego lo enterraron (S. T. L.).

Pues como digo de mi historia, cuando se verificaron las últimas elecciones municipales, las de Calzada de Oropesa, ofrecieron una particularidad muy curiosa, y esto trae á mi memoria el recuerdo de un librito de texto que, siendo yo niño, pusieron en mis manos para aprender nociones de astronomía elemental, y uno de cuyos capítulos lleva por epígrafe: *Atmósfera lunar*, y comenzaba así: *La luna no tiene atmósfera*; y recuerdo esto, que en aquellos mis años juveniles me dió mucho en qué pensar, porque el pasaje de la historia política de nuestro país, referente á lo acontecido en La Calzada de Oropesa, podría dar motivo á un capítulo que llevase por epígrafe: *Las elecciones de Calzada de Oropesa*, y que comenzase así: *En Calzada de Oropesa no hubo elecciones*.

Estoy seguro de que las cuatro quintas partes de los que esto lean dirán sonriendo maliciosamente, como quien conoce la tierra que pisa: «¿No hubo elección? Pues ya se adivina la causa: ó el alcalde metió en la cárcel á los electores, ó los adversarios del gobierno, provistos de gruesos garrotes, se situaron á las puertas de los colegios para impedir la entrada; la causa no pudo ser otra; una alcaldada, ó un motín.»

Pero por muy inverosímil que la cosa parezca, en *Calzada de Oropesa* no hubo en aquella ocasión ni golpe de Estado por parte de la autoridad municipal, ni algarada llevada á cabo por ciudadanos revoltosos. Del hecho y de sus causas daba razón un telegrama de pocas líneas que por aquel entonces publicaron casi todos los periódicos de Madrid, y no sé si también los de provincias, pues no pude leerlos todos. El telegrama estaba concebido en los términos siguientes:

«TOLEDO (aquí día y hora de la expedición).—En Calzada de Oropesa, pueblo de esta provincia, no han podido verificarse las elecciones municipales por no haberse presentado elector alguno.»

Sobre que en el pueblo había electores no cabe duda, pues no puede admitirse la aventurada hipótesis de que se hubieran muerto de repente los electores todos, suposición tanto menos admisible cuanto más numerosos eran los que, con arreglo á la nueva ley de sufragio, tenían derecho á emitir voto.

La noticia apareció, como llevo dicho, en varios periódicos, en muchos, en casi todos; casi nadie se fijó en ella, ni por consiguiente le concedió importancia; algún chusco la comentó, á su modo, con cuatro chistes y algún epigrama, y nadie pensó más en aquel retraimiento de los electores de Calzada de Oropesa.

Por supuesto que en eso de nadie puede que haya exageración; de mí puedo decir que seguí pensando en el asunto, y hay fundamento para sospechar que no fuese yo el único.

No recordaba yo si la ley municipal habría previsto un caso tan poco verosímil, y no acertaba con la solución que, puesto el caso de silencio de la ley, podrían dar á este problema las autoridades. La continuación del mismo ayuntamiento no podía ser, porque la ley se oponía terminantemente; el nombramiento de otro nuevo tampoco era posible; pues en vivir el pueblo sin sus autoridades municipales no había que pensar, y eso que en muchas ocasiones, maldito si las autoridades sirven para cosa alguna de provecho.

Pero con preocuparme extraordinariamente el cómo y el cuándo se resolvería aquel verdadero conflicto, que no dejaba de serlo porque el pueblo en que ocurría tuviese escaso vecindario, todavía me escarabajaba más en el magín el desconocer los motivos que habían tenido los electores *calzados* ó *descalzados*, ó como ellos se llamaren, para declararse en huelga. El retraimiento de un grupo, de una fracción, de dos ó tres agrupaciones... se explica, aunque no puede justificarse nunca como procedimiento sistemático; pero el retraimiento de todos, de todos absolutamente... vamos, que no acababa yo de explicármelo; ¿acabar? ni empezaba siquiera.

(1) Y la Academia me perdone, pero así se dice.

Y no se figuren ustedes que me lo explico todavía; el conflicto está en pie, como queda la apuesta entre Mejía y Tenorio al concluir el primer cuadro; es decir, que para mí, como vulgarmente se dice, aún está la pelota en el tejado.

He preguntado desde entonces acá á varios electores de Calzada de Oropesa, y cada cual me ha contestado una cosa distinta.—Yo no voté, me decía uno, porque estuve enfermo.—Yo no fui á votar, me contestaba otro, por la sencilla razón de que por aquellos días estuve ausente.—Y «yo no voto nunca; tan malos me parecen los unos como los otros, y lo mismo me da que sea alcalde Juan como que lo sea Pedro,» fué la respuesta de un vecino que presumía de hombre experimentado, con sus ribetes de escéptico y todo.

—Mire usted—gritó muy enojado otro elector,—aborrezco las farsas; todo eso de las elecciones y de los votos es una mojiganga en la cual no me da la gana de ser acompañamiento; allá se las barajen y se las arreglen los interesados, que á mí no me va ni me viene nada en todo esto; lo mismo han de robarme los unos que los otros. Alguno me confesó que no había votado porque nadie le pagó su voto, y porque él no quería molestarse en votar por nadie si no le pagaba bien, pues para algo positivo le había de servir su derecho al sufragio. Uno, uno solamente, me respondió generalizando el hecho, y explicándole así:—Se nos había impuesto por el cacique de la provincia una candidatura que disgustaba por igual á todos los vecinos, sin distinción de matices; supimos además que el tal cacique, hombre de pelo en pecho y decidido á todo, estaba resuelto á sacar triunfante su candidatura aunque fuese á tiros, y que el día de la votación iba á ser un día de horrores y luto y sangre para el pueblo, y dos días antes nos pusimos de acuerdo todos para no acudir á los colegios.

Esto, al fin y al cabo, es una explicación; lo que yo no puedo asegurar á ustedes es que sea la verdadera.

De todas maneras, ¿saben ustedes que si eso de no votar se difunde y se generaliza, van á sufrir rudísimo golpe los sistemas representativos?

¿Será que estemos en camino de volver al rey por la gracia de Dios y al *vivan las caenas!*

Dura cosa será, pero posible.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

DE LA DISCUSIÓN...

- Siempre el bien vence al mal en su combate.
- No sacude el pesar hombre ninguno.
- ¡Es exageración, D. Cucufate!
- ¡Son ilusiones, mi señor don Bruno!
- Mientras los vicios olvidados duermen, es fuerza que la dicha nos mantenga.
- Todo placer tiene un dolor en germen.
- No hay mal ninguno que por bien no venga.
- ¡Yo sé que hay en el mundo, por lo menos, quien de lo torpe y de lo ruin prescindel!
- ¡Los persas eran demasiado buenos, si creyeron que al bien el mal se rinde!
- Cada hombre es un hermano que me adora.
- Ó, mejor, es un tigre que me acecha.
- Si ves á alguien llorar, ¡ámale y llora!
- Si ves á alguien reír, ¡ríe y sospecha!
- No hay hombre que no sea un botarate.
- ¡Hay tantos casos de honradez!—¡Ninguno!
- ¡Es exageración, don Cucufate!
- ¡Son ilusiones, mi señor don Bruno!

Y después de polémica tan viva por su camino cada cual se iba: uno risueño, el otro cabizbajo; uno mirando sin cesar arriba y otro mirando sin cesar abajo.

RICARDO J. CATARINEU.

EL «ESTADIO» DE LA PRENSA

- ¿Es usted el señor Fulánez?
- Servidor.
- Celebro mucho...
- Pues verá usted, yo venía porque soy primo segundo de Mengánéz.
- ¡Ah! Mengánéz.
- (No le recuerdo.) ¡Buen punto!
- Y el otro día mi primo ganó diez y siete duros al treinta y cuarenta, y todos dijimos: ¡Nuestro es el mundo!
- ¿Por tan poca cosa? ¿Cómo?
- Verá usted, porque yo fundo un periódico.
- Bien hecho.
- Por supuesto, con dibujos.
- ¡Claro!
- Dibujos... alegres
- y con letreros sucios.
- Perfectamente. ¿Y el texto?
- ¡Ah! Será cosa de gusto.
- Para la sección política está allí un chico de Lugo que da cada zurriagazo que le enciende el pelo al nuncio.
- Para teatros tenemos á Ruiz.
- ¿Quién es Ruiz?
- Pues... uno que ha tenido relaciones con la cuñada de un músico, y á fuerza de ver ensayos entiende ya del barullo de bastidores bastante más que Dios.
- ¡Me lo figuro!
- ¡Ya verá usted qué palizas!

Los cómicos unos burros, las piecécitas sandeces que están corrompiendo al público, los autores majagranzas, los maestros mamelucos... No para hasta que consiga que le estrenen el *Infundio* en un acto y siete cuadros titulado: *¡No más chulos!*

—¡Hola! ¿Tiene su juguete?

—¡Anda! De éxito seguro.

Para los salones...

—¡Porra!

¿También crónicas de lujo?

—Ya lo creo, pero en guasa,

burlándose del gran mundo. ¡Ya verá usted!

—Bueno, bueno.

—Se titulará *El Besugo*.

—¡Bonito título!

—¡Vaya!

Á papá le gusta mucho, porque es hombre que delira por la pesca... y por los churros.

—Pues... usted dirá.

—Quisiéramos

que usted, para el primer número,

nos hiciera una cosita

cualquiera.

—¡Con mucho gusto!

SINESIO DELGADO.

PACOTILLA

Ocho años, tan sólo ocho restan ya, que es casi nada, para que este siglo chocho descienda á la tumba helada.

¡Pero qué brillante historia y qué trofeos tan puros acreditarán su gloria ante los siglos futuros!

Le alumbró, cuando nacía, el candil de sus mayores, y alumbrarán su agonía eléctricos resplandores.

Encontró, al nacer, literas de ricos trasportadoras, y expeditas las fronteras deja á las locomotoras.

Halló el unguento amarillo para todo, sin escépticos,

y deja al irse el ovillo de vendajes antisépticos.

Halló á la gente más lista ciega soportando agobios, y deja al más torpe vista para descubrir microbios.

Claros se ven los bacilos... clara la antorcha del faro...

¡En fin, hasta los pupilos ven ya el chocolate claro!

No cabe ninguna queja por la cual se le denuece, pues todo, todo lo deja mejorado el siglo este.

Todo hacia la perfección camina ya, sin rodeos.

Sólo existe una excepción: ¡el servicio de correos!

Reside en Erandio una señora que vió el amanecer de este siglo, y cuenta por consiguiente noventa y dos años de edad.

Esa señora es madre de un comerciante en vinos de aquel pueblo.

La longevidad de la madre acredita la buena fe comercial del hijo.

Porque es la demostración más evidente de que los vinos de su almacén no tienen alcohol alemán.

Digo, pues si lo tuviera de ese que se gasta ahora, ¡cómo vivir aún pudiera aquella buena señora!

Días pasados he leído en un periódico que en Chiclana murieron dos individuos atacados por la enfermedad llamada *kurditis morbo*.

Uno la cogió de agardiente y otro de peleón.

Caso doble que se podría titular al revés que la obra de Echegaray *Vida alegre y muerte triste*.

¡Porque esos dos han vivido de seguro tristes y han muerto más alegres que unas castañuelas!

Por un toro perseguido un torero sin destreza cayó, al saltar, aturdido al callejón de cabeza.

Y exclamó un actor famoso, sin poderse contener; —Cayó de cabeza al foso. ¡Vive Dios que pudo ser!

Vamos, no empieza mal el nuevo año para la clase médica.

El ayuntamiento de un pueblo de la provincia de Zamora anuncia la vacante de médico titular del mismo. ¡Una verdadera ganga!

Cincuenta pesetas y seis fanegas de cebada de dotación anual.

Es un momio tan lucido el del parné y la cebada, que va á ser muy pretendido, ¡y en estos tiempos!... ¡No es nada! ¡Diez duros... y mantenido!

Ante la estatua de D. Álvaro de Bazán. Dos puntos fuertes.

Uno de ellos (leyendo): *El fiero turco en Lepanto, en la Tercera el francés...*

- Oye tú, ¿dónde está la Tercera?
- ¡Después de la segunda!
- ¡Vete al cuerno!
- Vaya, ¿quieres que te lo diga? Pues dame un duro.
- Hombre, ¿te pregunto dónde está la Tercera y me pides dinero?
- ¡Si es la contestación á tu pregunta! ¡No te lo he pedido ya dos veces hoy?
- Y te lo he dado.
- Pues bien, ¡ahí tienes la Tercera!

Diarios madrileños de cuando en cuando, siempre que aquí en la corte diluvia á mares, suelen á las provincias ir relatando que han pasado el gran susto considerando que ha podido hacer víctimas el Manzanares. ¡Y luego hay madrileños que se hacen cruces de que exageran mucho los andaluces!

JOSÉ ESTRANI.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

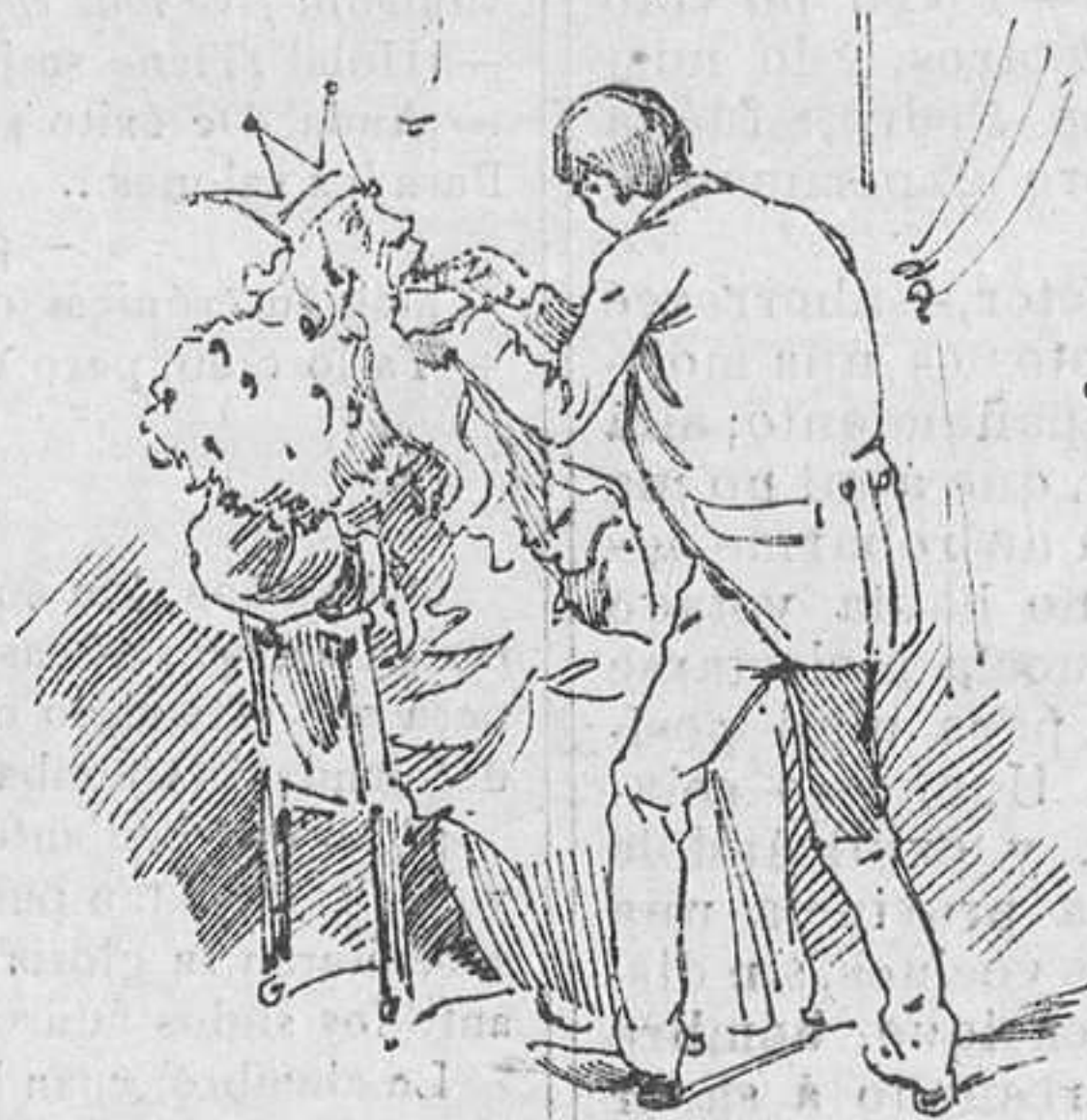
ANUNCIOS

POEMA EN TRES CANTOS



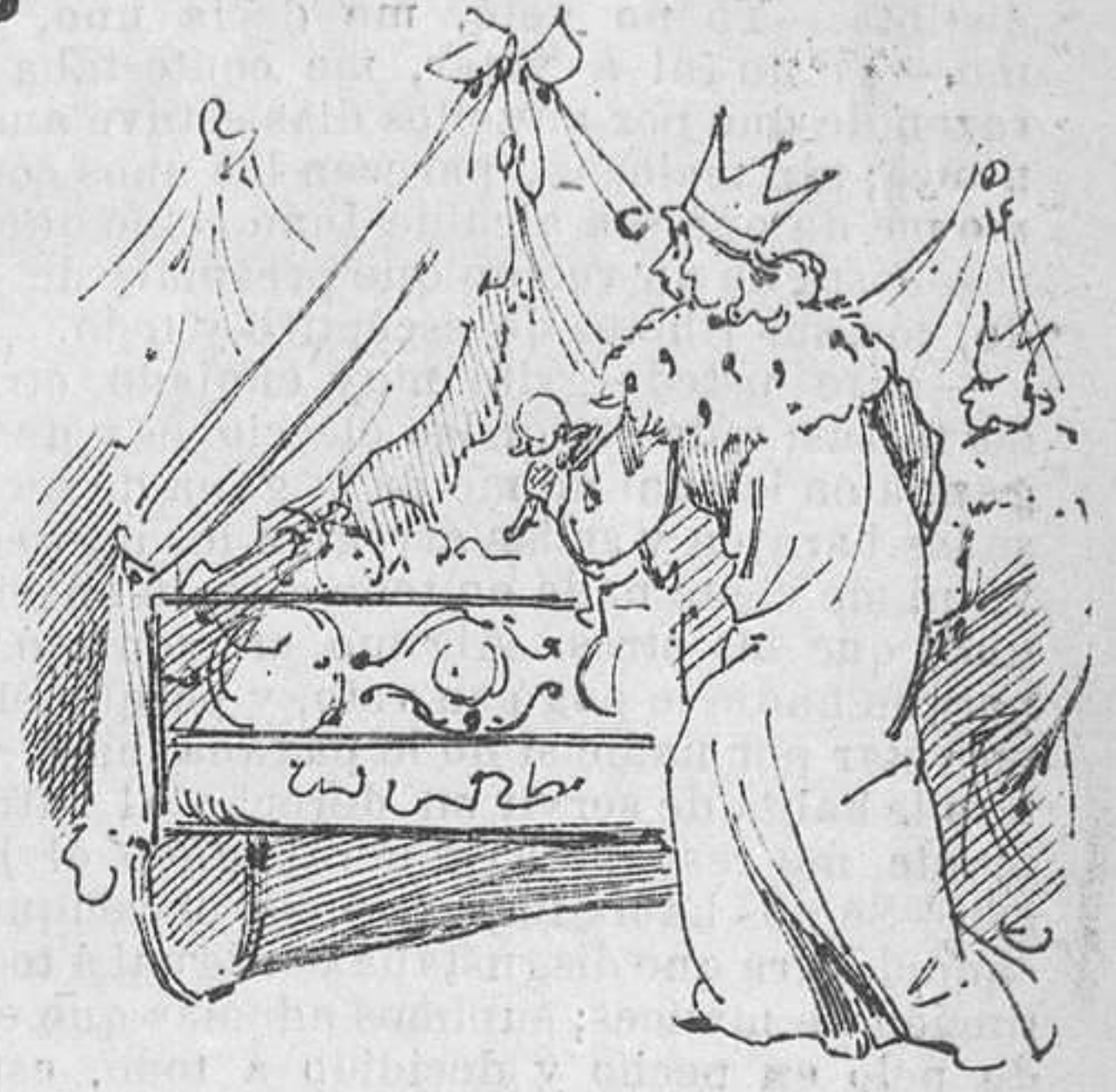
CANTO I

A cumplir su misión los Reyes Magos
venían al romper de la mañana,
cargados de regalos y caprichos
de la *Perfumería Americana*.
Espoz y Mina, 28.



CANTO II

Se cayó Baltasar, rompióse un diente,
dejaron la misión para después,
y le puso otro nuevo prontamente
TIRSO PEREZ, Mayor, 78.

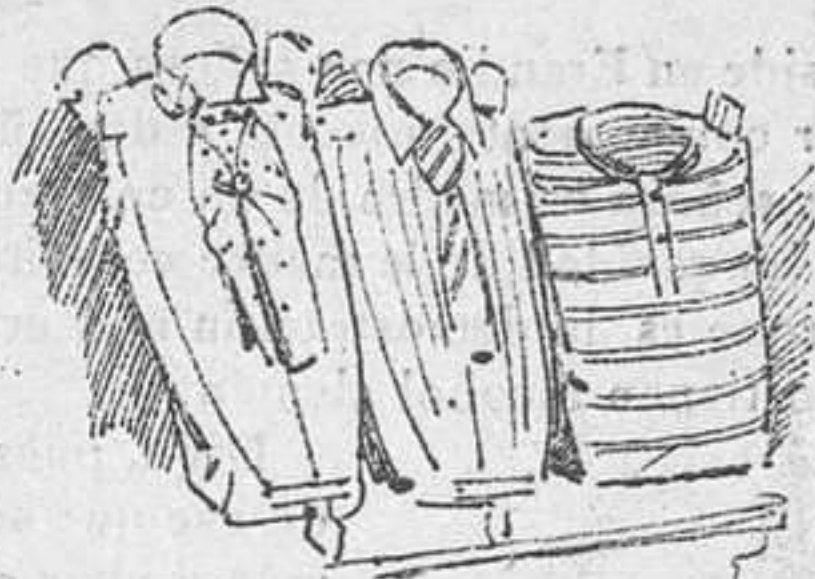


CANTO III

Y contentos los tres, sus regalitos
repartieron sin tasa,
¡pero sólo a los niños pequeñitos
que dormían en cunas de esta casa!
Bascos de carnos.—Plaza de la Cebada, 1.



—¡Guardias, guardias! ¡Al
ladrón!
No siento yo la chistera.
¡Sólo siento el pantalón,
que es de casa de PESQUERA!
Magdalena, 20.



¡Qué buenas camisas
por cinco pesetas!
¡Qué hermosas corbatas!
¡Y qué camisetas!
Arvizu y Alonso, plaza de Sto. Domingo, 18.



¡También este año, también,
formando grupos de á mil,
la multitud infantil
corre al *Bebé Parisièn*.
Barquillo, 5.

REUMA

Se alivia a la primera untura,
sin necesidad de masaje, y se
cura con uno ó dos frascos de
Bálsamo de Orive. La recomen-
dación de paciente á paciente y
cartas laudatorias de médicos
de fama hicieron la propaganda
de tan superior calmante. Pe-
didlo en las farmacias de crédi-
to. Por mayor á su autor, *Bil-
bao*, y *M. García, Madrid*.
Capellanes, 1.



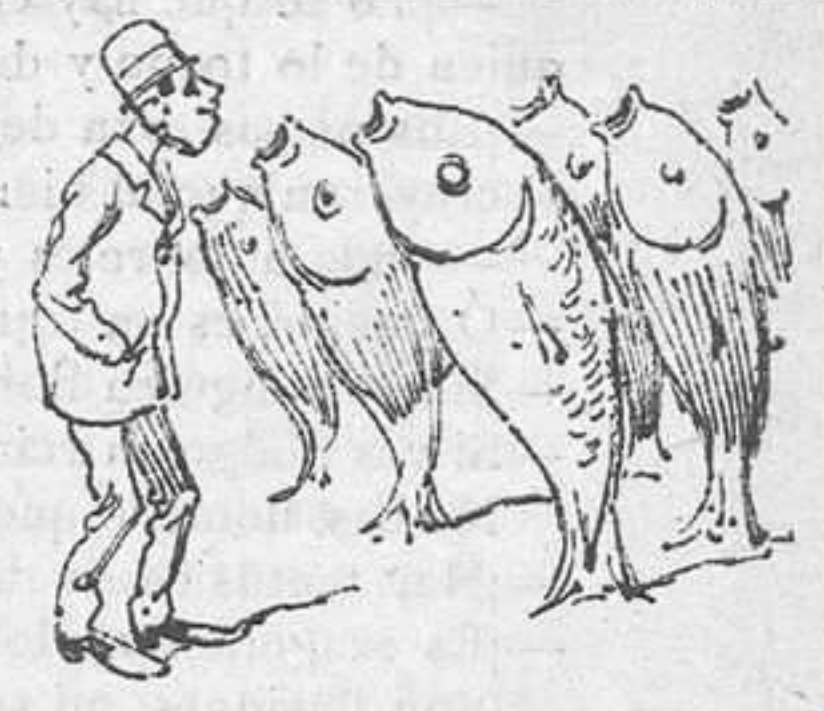
Un poeta inspiradísimo
va á cantar en versos sáficos
este almacén surtidísimo
de aparatos fotográficos.
IRIBOYER, Esparteros, 3.



El día de año nuevo
compré un bastón de Gras.
¿Lo ves? ¡Aquí lo llevo!
¡Ya no me toses más!
Alcalá, 40, y Príncipe, 22.



Don Leandro Malpartida
quedó de frío difunto.
La familia, conmovida,
le puso un traje de punto
y resucitó en seguida.
Tirso Rodríguez, Atocha, 75 y 77.



—¿Dónde vais, besugos?
—A las Tullerías,
que allí de principio
nos dan estos días.
Matute, 6.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO